LA NUEVA EVANGELIZACION DE ESPAÑA

Andrés Codesal

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

SIGLAS Y ABREVIATURAS

AS **Apostolicam actuositaten.** Decreto conciliar sobre el apostolado de los seglares.

AG **Ad gentes.** Decreto conciliar sobre la actividad misionera de la Iglesia.

EN **Evangelii nuntiandi.** Exortación apostólica de Pablo VI.

IM **Inter mirifica.** Decreto conciliar sobre los medios de comunicación social.

LG **Lumen gentium.** Constitución dogmática del Vaticano II sobre la Iglesia.

RM **Redenptoris missio.** Encíclica de Juan Pablo II

VS **Veritatis splendor.** Encíclica de Juan Pablo II.

ISBN 84-7770-308-6
Depósito legal:GR-783-96
Impreso en: C.G.A., S.L. Telf. 989759680
IMPRESO EN ESPAÑA

PRESENTACION

Estimados amigos:

España se está paganizando a pasos agigantados: los medios de comunicación social, tan poderosos, y principalmente la televisión, están impartiendo una cultura demoledora en pro del ateísmo y del disfrute pasajero de las apetencias humanas más degradantes. Parece que hay muchos interesados en que España deje de ser católica, y desde todos los medios de comunicación social se está haciendo una campaña en contra de la doctrina de la Iglesia como no se había hecho nunca. Y no es porque ahora el mundo sea peor, sino porque cuenta con unos medios tan poderosos que son capaces de destruir en un mes lo que a la Iglesia le ha costado muchos años de trabajo y la sangre de numerosos mártires.

Todos los últimos papas, dándose cuenta de la poderosísima influencia que los modernos medios de comunicación social iban a tener en la cultura, se apresuraron a inculcar en la Iglesia su uso para la propagación del Evangelio, y el Concilio Vaticano II promulgó el **Decreto sobre los medios de comunicación social** inculcando su uso para propagar la doctrina católica, y ordena en el nº 17 que todos los cristianos contribuyan económicamente para que la Iglesia pueda utilizar estos importantísimos medios.

Sin embargo, como ***los hijos de este mundo son en sus asuntos más astutos que los hijos de la luz***, son ellos los que se han apoderado de toda esta potencia, precisamente para destruir a la Iglesia.

En España, gracias a Dios que, durante el régimen de Franco, la censura les impidió hacer propaganda inmoral y pornográfica; pero una vez que Franco murió y llegó la democracia con sus libertades, de sopetón nos llegó el escándalo y la demolición de los valores cristianos.

Y para que nos demos cuenta del enorme poder que, sobre todo entre la juventud tiene la televisión, voy a señalar una encuesta que trae un libro de Ediciones Paulinas, titulado: "Bases de una nueva evangelización", de D. Basilio Caballero:

Auto-calificación religiosa años	**1970**	**1989**
Muy buenos católicos	11%	3%
Católicos practicantes	53%	24%
Católicos no muy practicantes	23%	26%
Católicos no practicantes	9%	19%
Indiferentes	3%	21%
Ateos	0	5%

Como se ve, en los 19 años que van desde el 70 hasta el 89, los buenos católicos en España bajaron casi un 75%. Los católicos practicantes bajaron más de la mitad. Los no muy practicantes subieron; y los nada practicantes se doblaron. Los indiferentes se multiplicaron por 7 y los ateos, que prácticamente no había en el 70, en el 89 ya se declaraban un 5%.

Y aun no es esto lo peor, sino que resulta que los que más se han degradado y perdido la fe, son los más jóvenes, siendo los de mayor edad los que permanecen más inalterables, fieles a la buena educación que recibieron durante el período de Franco.

Por este motivo, si no se hace algo urgente para recuperar a los jóvenes, dentro de no muchos años el cristianismo en España será de una pequeña minoría, y hasta podría desaparecer por completo, si no tratamos de controlar los medios de comunicación social.

Entre los clientes de nuestra Editorial, son cientos los sacerdotes y seglares que están pidiendo una gran campaña de apostolado, al estilo de las antiguas misiones populares, que deberían darse al mismo tiempo para todo el país a través de uno de los dos canales de Televisión Española.

Esto será posible si el Santo Padre nos apoya y la Conferencia Episcopal nombra una Comisión para negociar con el actual Gobierno y con la actual Directora de Televisión.

No pretendemos que esto haya de conseguirse gratis, ya que son muchos los gastos que tiene Televisión y no nos van a ceder por las buenas cuarenta y cinco minutos o una hora diaria en las horas de más audiencia como son entre las nueve y las once de la noche para poder dar las misiones y que puedan rendir al máximo.

Sin embargo, aunque tengamos que pagar por este espacio mucho dinero, nunca será caro, si se hace bien, porque estamos hablando de la salvación de las almas, que no tienen precio, como no tiene precio la sangre de Cristo (1 Cor. 6,20).

Es cierto que mientras no se nombre esta Comisión y no se lleven a

cabo las oportunas negociaciones, no podemos saber el dinero que esto nos podría costar; pero yo personalmente considero que no sería más del dinero que mensualmente recoge Cáritas a nivel nacional, y esto es posible conseguirlo haciendo lo que hace cáritas: organizar una buena campaña a través de todas las parroquias y hacer una colecta mensual.

Con esto no trato de quitarle nada a Cáritas, sino que, paralelamente hemos de tratar de conseguir fondos para un asunto que es mucho más importante como es el tratar de rescatar y salvar a la mayor parte de esta juventud española que se ha puesto de espaldas a Dios y camina hacia la perdición precisamente siguiendo las consignas que desde hace más de veinte años le está inculcando la Televisión.

Los argumentos que Televisión Española nos va a poner para negarse a aceptar nuestra proposición, serán que la religión les interesa a muy poca gente y que al admitir un programa religioso van a perder mucha audiencia, y que los concesionantes de los anuncios se los van a retirar, con lo cual perderán mucho dinero. Por este motivo, posiblemente habrá que pagarles caro; pero si luego resultase que no pierden audiencia, porque aunque pierdan unos ganan otros, podría más adelante salirnos gratis. Depende de lo bien que lo hagamos y de la audiencia que consigamos.

Y ¿qué es lo que opina el Papa de la utilización de los grandes medios de comunicación social?

Juan Pablo II: "El mundo de la comunicación está unificando a la humanidad y transformándola... Los medios de comunicación social han alcanzado tal importancia que para muchos son el principal instrumento informativo y formativo, de orientación e inspiración para los comportamientos individuales, familiares y sociales. Las nuevas generaciones, sobre todo, crecen en un mundo condicionado por estos medios.

"Quizás hemos descuidado un poco este medio: generalmente se privilegian otros instrumentos para el anuncio evangélico y para la formación cristiana, mientras los medios de comunicación social se dejan a la iniciativa de individuos y de pequeños grupos, y entran en la programación pastoral sólo a nivel secundario.

"Sin embargo, el trabajo en estos medios no tiene solamente el objetivo de multiplicar el anuncio. Se trata de un hecho más profundo, porque la evangelización misma de la cultura moderna depende en gran parte de su influjo. No basta, pues, usarlos para difundir el mensaje cristiano y el Magisterio de la Iglesia, sino que conviene integrar el mensaje mismo en esta "nueva cultura" creada por la comunicación moderna.

"Es un problema complejo, ya que esta cultura nace, aun antes que

de los contenidos, del hecho mismo de que existen nuevos modos de comunicar con nuevos lenguajes, nuevas técnicas, nuevos comportamientos psicológicos. Mi predecesor Pablo VI decía que "la ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo"; y el campo de la comunicación actual confirma plenamente este juicio" (RM, 37).

"Ciertos aspectos decepcionantes del uso de los **mass media** modernos, no deben llevarnos a olvidar que (si se usan para el apostolado) con sus contenidos pueden llegar a ser maravillosos instrumentos de difusión del Evangelio, adaptados a los tiempos y capaces de alcanzar los extremos más recónditos de la tierra" (Mensaje 24-5-1984).

"Animamos a los fieles a usar los medios de comunicación social diligentemente, no sólo evitando publicaciones, películas y programas que puedan dañar la integridad moral de la persona, sino también aprovechándose de los medios de comunicación así como se aprovecha de buenos libros para un crecimiento moral e intelectual, para un mayor aprecio de las cosas buenas que Dios ha hecho por nosotros y para una comprensión más profunda de la dignidad del ser humano"(Discurso 24-2-1989).

La situación española es catastrófica, como puso de relieve el Cardenal Suquía:

"Esta situación (española) está sostenida por el secularismo militante de una cultura, no laica, sino laicista. Este secularismo militante dispone del poder y parece decidido a usarlo a fondo para imponer su cultura a la sociedad. El secularismo laicista no es, simplemente, no creyente. Está convencido de que la dimensión moral y religiosa del hombre es un obstáculo para la realización de un proyecto moderno de sociedad. O quizás cae en la cuenta de que el hombre auténticamente religioso es el único que ofrece una resistencia difícilmente vencible al intento de desvinculación del hombre de sus lazos naturales con la realidad y, por tanto, al dominio omnímodo del poder sobre la persona" (Discurso 24-11-90). Esperamos en Dios que con la llegada al gobierno del Partido Popular, esto haya cambiado).

La única solución para poder hacer frente a tanta propaganda atea y pornográfica que se hace contra la Iglesia desde los medios de comunicación, es en primer lugar, mucha oración para implorar la ayuda de Dios, y, en segundo lugar confesar nuestra fe con unas solemnes misiones populares desde los mismos medios de comunicación.

España se está paganizando a pasos agigantados, y ahora no es posible movilizar a tantos sacerdotes como harían falta para dar esas misiones como se daban antes; pero si, como queremos, organizamos las

misiones por la T.V., con muy pocos sacerdotes podríamos hacerlo y podríamos elegir a los mejores, a los santos, como dice el Papa, y podrían ser oídos en toda España y hacer un bien incalculable.

Decía Pío XII: "La radio lo puede todo...; es como un fuego enorme que, si se pone en buenas manos, es un poder celestial; pero, si rompe sus cadenas, lleva la devastación y la ruina" (3-12-1944).

Tenemos que catequizar y evangelizar a España desde la T.V. o la radio, aunque nos cueste mucho dinero, y aunque tengamos que hacer muchos sacrificios. Pues estamos convencidos de que un buen predicador desde la T.V. puede conseguir mayores éxitos que los diez o quince mil sacerdotes que predican en sus iglesias y parroquias en las misas de todos los domingos.

Y digo que el éxito será mayor, por dos razones: primera, porque lo pueden oir más personas, incluso los que no van nunca a misa. Y segundo, porque para predicar por la T.V. buscaremos a los mejores.

Decía San Luis Grignión de Montfort, que, entre los religiosos, solamente uno de cada diez mil es un verdadero santo. Pues aunque así sea, aunque tengamos que elegir uno entre diez mil; pero necesitamos llevar a nuestro programa de la T.V. a alguien como San Juan de Avila, como San Vicente Ferrer, como el Beato Diego josé de Cádiz, y si llegamos a encontrar esa alma llena de Dios que estremezca los corazones y con su palabra de fuego nos haga llorar a todos y nos convierta de verdad, habremos salvado a España.

Porque en todos los siglos ha habido santos, y yo creo que éste no va a ser diferente; pues casi siempre, cuando más abundan los males, surgen en algún lugar los mayores santos: lo único que nos hace falta es encontrarlos.

Pero lo primero que tenemos que hacer es conseguir un espacio en la T.V., y esto no va a ser tarea fácil, además de que nos va a costar mucho dinero. Todos sabemos que tanto las cadenas de la radio como las de televisión no trabajan por fines altruistas y desinteresados, se trata de negocios para ganar dinero y no aceptarán ningún programa que pueda disminuir su audiencia, que es su fuente de ingresos. Por eso no interesan los programas religiosos, y menos si los organizan los propios curas, pues en la dirección de esos medios piensan que hoy la religión interesa a poca gente.

Por este motivo, para que nos cedan un espacio necesitamos estar dispuestos a pagarles lo que sea necesario para compensar sus posibles pérdidas, que tal vez nos parezca mucho dinero.

Por eso he compuesto este libro, en el que con razones teológicas, y

más aun, con la opinión de los Papas y de los Santos, se demuestra la necesidad de este apostolado, tan necesario y más importante que todas las obras de ayuda social·que con ejemplar interés se llevan adelante y mueven tanto dinero, mucho más del que puede hacer falta para que esta obra tan trascendental siga adelante.

* * * * * *

Queridos amigos: No hay nada que Dios desee tanto como la salvación de todos los hombres. Lo ha dejado bien demostrado con su venida a este mundo y tomar nuestra naturaleza humana para poder sufrir y morir en la cruz, donde estaría dispuesto a volver a morir tantas veces cuantas son las almas que se condenan, si aun fueran susceptibles de redención, como el mismo Señor reveló a Santa Gertrudis (Revelaciones, Lib. 7 c.19). Léanse con atención los siete primeros capítulos de este libro donde ha quedado bien claro el infinito amor que Dios nos tiene y el deseo enorme e indescriptible de nuestra salvación. Pues bien: como nosotros no podemos hacer nada sin su ayuda, quiere esto decir que tenemos que acudir a El con la mayor insistencia posible para que nos ayude a evangelizar a España. Y no dudemos de que, si hacemos todo lo que esté de nuestra parte y se lo pedimos con la mayor insistencia, infaliblemente nos lo tiene que conceder, por la sencilla razón de que El lo está deseando muchísimo más que nosotros, y por ello no se puede negar si nosotros insistimos en pedírselo con todo el corazón y con todo el deseo del alma, ¡Hagámoslo así y salvaremos a España!

1.- El plan de Dios

Dios es infinitamente sabio y poderoso, lo sabe todo y lo puede todo, por lo cual es totalmente feliz desde toda la eternidad. Y como además es la Suma Bondad, decidió crear otros seres semejantes a Él para compartir con ellos su gran felicidad.

En primer lugar creó a los ángeles, espíritus purísimos y sumamente inteligentes, y creó hasta nueve razas diferentes, en número incalculable. Pero antes de llevarlos al cielo, los sometió a una prueba de obediencia, en la cual una tercera parte fallaron y por su pecado Dios se vió obligado a castigarlos con el infierno, mientras que los que fueron buenos pasaron a la gloria donde gozan de infinitas delicias por toda la eternidad.

Últimamente creó Dios al hombre, dándole un cuerpo animal y un alma inmortal, y lo hizo a su imagen y semejanza, destinado a entrar para siempre en el cielo después de sufrir una corta prueba en el Paraíso. Pero Adán y Eva desobedecieron a Dios y pecaron, por lo cual los castigó expulsándolos del Paraíso y obligándolos a ganarse el alimento con duros trabajos. Ellos fueron nuestros primeros padres, el origen y principio de la raza humana, de la cual se compadeció Dios en atención a los muchos santos que iban a nacer a lo largo de los siglos, y, sobre todo, en atención a la Santísima Virgen María, a la que Dios amó desde siempre.

Por eso Dios, allí mismo en el Paraíso nos prometió un Redentor, que nacería de una Mujer, la Mujer por excelencia, cuyo Hijo vencería al vil dragón.

Y por eso la Iglesia canta: "¡Oh feliz culpa, que nos has ganado tan Redentor!" Porque si fué mucho lo que perdimos por el pecado de Adán, es infinitamente más lo que hemos ganado con la redención de Jesucristo.

¿Sabeis ya por qué estamos en este mundo?

Dios no nos creó para este mundo, sino para la felicidad eterna del cielo; pero quiso que antes pasáramos la prueba de este mundo, para que con nuestra obediencia en cumplir los Mandamientos, le demostráramos cuánto le amamos, y en la medida de lo que aquí estemos dispuestos a hacer y a sufrir por El, será la gloria eterna que para siempre nos dará en el cielo.

Porque debemos saber que la gloria que nos espera en el cielo, no es igual para todos, sino que cada cual recibirá su recompensa en la medida de sus merecimientos.

Veamos cómo lo dice la Biblia:

Yo, El Señor, soy el que escudriño los corazones y el que examina los afectos, y doy a cada uno la paga según su proceder, y conforme al mérito de las obras (Jer.17,10).

Cada uno recibirá su propio salario en la medida de su trabajo. (1 Cor. 2,8).

Lo que el hombre sembraré, eso recojerá. No nos cansemos, pues, de hacer el bien; porque si perseveramos, a su tiempo recogeremos el fruto (Gal. 6, 8-9).

Es forzoso que todos comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba el pago debido a las buenas o malas obras hechas en este mundo (2 Cor. 5,10).

Bienaventurado el varón que soporta la prueba, porque una vez que haya sido probado, recibirá la corona de vida que Dios tiene prometida a los que le aman (Sant. 1,13).

Dios, sin acepción de personas, juzga a cada cual según el mérito de sus obras (1 Ped. 1,17).

Dice el Señor: Mirad que vengo pronto y traigo conmigo mi galardón para recompensar a cada uno según sus obras (Ap. 22,12).

2.- Dios no nos hará felices en este mundo

La Santísima Virgen dijo a Santa Bernardita: "Yo te haré feliz, pero no en este mundo".

Así mismo Jesucristo en el Evangelio nos prometió la felicidad, pero no en este mundo, sino en el otro; pues lo que aquí nos espera no es una vida feliz, como tampoco fué la de Cristo, sino muchos trabajos y persecuciones con los que nos ganaremos la felicidad eterna del cielo.

Todo esto lo dejó bien claro en el sermón de la montaña, cuando dijo:

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán mise-

ricordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que padecen persecución por ser justos, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados seréis cuando por mi causa os maldijeren, os persiguieren y dijeren toda suerte de calumnias contra vosotros. Alegraos y regocijaos entonces, porque será grande vuestra recompensa en los cielos (Mt. 5,3-12).

Y ¿por qué llama Jesucristo *"bienaventurados"* a los que sufren?

- Sencillamente, porque por medio de los sufrimientos padecidos en este mundo por amor de Dios, adquirimos los méritos que necesitamos para que luego en el cielo nos pueda hacer felices para siempre.

Dios premia en la otra vida todo lo que aquí suframos por Él, con una gloria incomparablemente superior a cuanto podamos imaginar.

Las tribulaciones tan breves y tan ligeras de la vida presente, nos producen el eterno galardón de una sublime e incomparable gloria (2 Cor. 5,17).

En verdad, estoy persuadido de que los sufrimientos de la vida presente, no son de comparar con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros (Rm. 8,18).

Según está escrito: Lo que ni el ojo vió, ni oído oyó, ni pasó a hombre por pensamiento, lo tiene Dios preparado para aquellos que le aman (1 Cor. 2,9).

La felicidad del cielo no es simplemente una justa recompensa a lo que aquí hayamos hecho por Dios; sino que lo que aquí hayamos hecho, se revaloriza por los méritos de Cristo y adquieren un valor de más del ciento por uno, y más del mil por uno, de forma, que la más simple acción hecha por amor de Dios tiene un mérito tan elevado que en este mundo no es posible imaginar, de tal manera, que el que haya sufrido mucho por Dios gozará eternamente de una felicidad incomparable que superará miles de veces a todo lo que aquí hayamos podido soñar.

Y es por eso que, cuanto más ama Dios a un alma, mayores trabajos le manda en este mundo, y este es también el motivo por el que los santos hacían tantas penitencias y deseaban tanto sufrir.

Hay algunos que se escandalizan de que Dios permita tantos sufrimientos en este mundo, y dicen: ¿cómo es posible que Dios, siendo tan bueno pueda permitir tantas desgracias? Y es que no entendemos el valor del sufrimiento, ni lo que ganamos sufriendo. En cambio, los santos, solamente deseaban sufrir por amor de Dios, y así Santa Teresa le pedía a Dios: "O padecer o morir". Y añadía: "Es tanta la diferencia de lo que

gozan unos a lo que gozan otros en el cielo que yo aceptaría estar con todos los trabajos del mundo hasta el día del juicio con tal de conseguir un grado de gloria más" (Vida c.37,2).

3.- Dios en este mundo hace sufrir más a los que ama más

El que no entienda esto, es que no entiende la vida. Si no comprendes por qué Dios en este mundo hace sufrir más a los que ama más, es porque no sabes para qué hemos venido a este mundo.

Mira: Dios nos creó para el cielo, para que seamos felices eternamente en el cielo; pero para ello, Dios necesita nuestros méritos, porque como Dios es tan justo, no puede premiar sin méritos, y los méritos solamente se pueden hacer en esta vida trabajando y padeciendo por amor de Dios.

Por eso, en la Carta de los Hebreos, se nos dice: *"Hijo mío, no desprecies la corrección del Señor, ni caigas de ánimo cuando te reprende. Porque el Señor, al que ama, le castiga, y a cualquiera que recibe por hijo suyo, lo azota. Sufrid, pues, la corrección. Dios se porta con vosotros como con hijos" (Heb. 12,5,7).*

A este respecto, dice San Agustín: "Escucha la Escritura que dice: *Azota a todo hijo que recibe.* Por tanto, prepárese para ser azotado, o no pretenda ser recibido como hijo. El *azota a todo hijo a quien ama.* Por tanto, si quieres ser exceptuado del dolor de los azotes, serás exceptuado también del número de los hijos". Y sigue diciendo: "Me preguntarás: "¿Es cierto que azota a todo hijo?" - Cierto que azota a todos como azotó a su único Hijo... Con este fin se revistió de carne, para no escapar al azote. Por tanto, quien azota al Hijo único sin pecado, ¿dejará libre del azote al hijo adoptado y con pecado?" (Sm. 46,11).

Y continúa San Agustín: "¿Qué diremos de aquellos que por no herir a los que les hablan, no sólo no los preparan para las tentaciones eminentes, sino que hasta les prometen la felicidad en este mundo, que Dios no prometió ni al mismo mundo? Dios predice que han de venir fatigas sobre fatigas al mismo mundo hasta el fin, y tú ¿quieres que el cristiano esté exento de ellas? Por el hecho de ser cristiano, ha de sufrir en este mundo todavía un poco más. Así dice el Apóstol: *Todos los que quieran vivir virtuosamente en Cristo, sufrirán persecución (2 Tm. 3,19).*

¿Queréis saber cómo era la vida de los Apóstoles y los primeros cristianos? San Pablo nos lo cuenta: *"Hasta la hora presente andamos sufriendo el hambre, la sed, la desnudez, los malos tratamientos y no tenemos dónde fijar nuestro domicilio. Nos afanamos trabajando con*

nuestras propias manos: nos maltratan y bendecimos; padecemos persecución y la soportamos; nos calumnian y respondemos con persuasiones; en fin, hemos llegado a ser, hasta la hora presente, como la basura del mundo, como la escoria de todos" (1 Cor. 4,11-13).

Ya en el Antiguo Testamento, estaba escrito: *"Hijo mío, no rehuses la corrección del Señor, ni sientas disgusto cuando Él te castiga, porque el Señor castiga a los que ama y aflige a los hijos más queridos"* (Prov. 3,11-12).

Por tanto, no debemos entristecernos cuando nos afligen tribulaciones, pues además de ser una prueba de que Dios nos ama, es mucho lo que ganamos sufriendo, como dice Santiago: *"Hermanos, habéis de tener por objeto de sumo gozo el caer en varias tribulaciones, sabiendo que la prueba de vuestra fe, produce la paciencia, y que la paciencia perfecciona la obra, para que vengáis a ser perfectos y cabales, sin faltar en cosa alguna"* (St. 1,2-3).

Y San Pedro añade: *"Os conviene que por un poco de tiempo (como es la vida presente) seáis afligidos con diversas pruebas, para que vuestra fe probada de esta manera y mucho más acendrada que el oro, que se acrisola con el fuego, se halle digna de alabanza, de gloria y de honor en la venida manifiesta de Jesucristo"* (1 Ped. 1,6-8).

El libro de la Sabiduría, hablando de los justos, dice: *"Su tribulación ha sido ligera, pero su galardón será muy grande; porque habiéndolos Dios probado, los ha hallado dignos de sí. Los ha probado como se prueba el oro en el crisol, y los aceptó como víctimas de holocausto; a su tiempo les dará la recompensa por toda la eternidad"* (Sab. 3,1-9).

4.- El grandísimo amor que Dios nos tiene

Decía Jesucristo: *Tanto amó Dios al mundo que le entregó su propio Hijo a fin de que todos los que creen en Él no perezcan, sino que consigan la vida eterna"* (Jn. 3,16).

Dios Padre ama a su Hijo con un amor infinito, *en Él tiene puestas todas sus complacencias* (Mt. 17,5), y le ama con un amor tan grande que supera infinitamente al amor que tienen a todos los ángeles y santos juntos, incluída la Santísima Virgen. Pues ¿cómo se explica que cuando Jesucristo en la oración del Huerto, aterrorizado de lo que le esperaba, le pidiera al Padre que si era posible lo librase de todo aquello que se le venía encima y el Padre le mandara a un ángel para animarle a padecer?

Cierto que el Padre ama a su Hijo con un amor infinitamente superior al amor que nos tiene a nosotros, pero era tanta nuestra desgracia y

necesitábamos tanto conseguir su perdón, que no pudo menos que consentir que su Hijo sufriera muerte de cruz para conseguir nuestra salvación.

Por eso decía el Apóstol: *El que ni a su propio Hijo perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo después de habérnosle dado a El dejará de darnos cualquier otra cosa?* (Rm. 8,32).

En esto se demostró la caridad de Dios hacia nosotros, en que Dios envío a su Hijo unigénito al mundo, para que por Él tengamos la vida. Y en esto está la caridad: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó primero a nosotros y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. (1 Jn. 4,9-10).

Dios, que es rico en misericordia, movido del excesivo amor conque nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dio vida juntamente en Cristo (Ef. 2,4-5).

Jesús en el Huerto, *oraba al Padre, que podía librarlo de la muerte con grandes clamores y lágrimas, y con el rostro bañado en sangre, clamaba: ¡Abba, Padre: Si es posible aleja de mí este cáliz!* Pero comprendiendo que el Padre deseaba nuestra salvación, añadió: *"No se haga como yo quiero sino como tú quieres".* (Lc. 22,43-44)

¿Cómo se explica, pues, que amando Dios a su Hijo con un amor infinito, y viéndolo sufrir tanto en aquella agonía, no lo librara de ella y de los enormes tormentos que le esperaban para poder salvar al hombre pecador? ¿Qué esperaba recibir del hombre que Él no tuviera? Pues ¿por qué tanto interés en salvarnos sabiendo lo desagradecidos que somos? ¡Oh si pudiésemos comprender todo el alcance y significado de aquella expresión: *"Tanto amó Dios al mundo....!...*

La ciencia médica al estudiar hoy la Pasión de Jesucristo, no entiende cómo un hombre normal pudo padecer tantos tormentos, pues cada uno de ellos por separado era suficiente para causar la muerte.

El tormento de la flagelación, reservado únicamente a los esclavos malvados, era tan doloroso y cruel que sin causar heridas mortales, muchos morían por la intensidad del dolor...

El tormento de la corona de espinas, clavadas en la cabeza, la parte más delicada y sensible del cuerpo, porque a ella van a parar todas las sensaciones del dolor por estar en ella la terminal de todos los nervios, fué un tormento supersensible y doloroso, capaz de volverle loco y de hacerle morir de puro dolor.

El tormento de los clavos en los pies y en las manos, al permanecer colgado de los mismos todo el peso del cuerpo, fué tan terrible y espantoso como nadie es capaz de imaginar. Y este no fué un tormento de un momento, como quien muere de un tiro que al momento pierde el sen-

tido; pues Jesucristo estuvo vivo tres largas horas colgado de la cruz, sufriendo los tormentos que nadie es capaz de imaginar. Pues, como dice un autor: "Sin un milagro de la gracia de Dios, nadie en este mundo está capacitado para poder comprender los dolores y tormentos que Jesús pudo padecer colgado de la cruz".

5.- Nadie tiene amor más grande...

Dijo Jesús: *Nadie tiene amor más grande que aquel que da la vida por sus amigos* (Jn. 15,13). Y San Pablo añade: *Pero lo que hace resaltar más el amor de Dios hacia nosotros, es que cuando aun éramos pecadores, es cuando al tiempo señalado murió Cristo por nosotros* (Rm. 5,8).

El amor de Cristo supera todos los amores, porque Él no ama solamente a los amigos, sino también a los enemigos,porque *Él no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva* (Ez. 11,13), y da su vida para salvarlos, y no le regatea una sóla gota de sangre ni los mayores sufrimientos.

¡Oh hombre que esto lees! No mires con desprecio a las almas por las que murió Jesucristo, y no seas indiferente a los problemas que puedan tener en orden a su salvación. Mira a ver si está en tu mano hacer algo para que se salven y no resulten inútiles tantos trabajos que por ellas Jesucristo padeció.

Jesucristo dijo: *Yo soy el buen pastor, y el buen pastor da la vida por sus ovejas... Por eso el Padre me ama, porque doy mi vida para tomarla otra vez. Nadie me la quita, sino que yo la doy de mi propia voluntad, pues soy dueño de darla y dueño de recobrarla: este es el mandamiento que recibí de mi Padre (Jn. 10,11-18).*

Y la Sagrada Escritura nos sigue hablando del amor que Dios nos tiene, en estos términos:

Dios es amor. En esto se demostró la caridad de Dios hacia nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que por Él tengamos la vida (1 Jn. 4, 8-9).

En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que dio su vida por nosotros; y nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos (1 Jn. 3-16).

Y en esto está la caridad: no es que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó primero a nosotros, y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados (1 Jn. 4,10).

Cristo nos amó y se ofreció a Sí mismo a Dios en oblación y hostia de olor suavísimo (Ef. 5,2).

El cual se dió a sí mismo por nuestros pecados,para sacarnos de la corrupción del presente siglo, conforme a la voluntad de Dios y Padre nuestro (Gal.1,4).

El cual se dio a sí mismo por nosotros, para redimirnos de todo pecado, purificarnos y hacer de nosotros, un pueblo suyo propio, celador de buenas obras (Tit. 2,14).

Se dio a sí mismo en rescate por todos... (1 Tm. 2,6).

En esto hemos conocido el amor de Dios: en que el Señor dio su vida por nosotros (1 Jn. 3,16).

Así se ha manifestado la benignidad y el amor de nuestro Salvador para con los hombres (Tit. 3,4).

Pero lo que hace brillar más la caridad de Dios para con nosotros, es que aun cuando éramos enemigos suyos fué cuando al tiempo señalado murió Cristo por nosotros (Rm. 5, 8-9).

El amor de Cristo para con nosotros sobrepuja todo conocimiento (Ef. 3,14-19).

El amor se demuestra con las obras, pues, como dice el refrán: "Obras son amores y no buenas razones".

Miremos a Cristo en la cruz, contemplemos sus enormes y voluntarios padecimientos, y pensemos bien por qué lo hizo.

Viendo lo que hace el Padre al entregarnos a su amantísimo Hijo, y viendo lo que hace el Hijo al aceptar y querer morir por nosotros, ¿podremos aun seguir dudando del enorme amor que Dios nos tiene?.

Dios que hizo todo eso para salvarte a tí, lo hizo también para salvar a tu prójimo, y ¿tú querrás salvarte a tí solo sin hacer nada para salvar a tu prójimo? ¿No querrás hacer nada para ayudar a Dios en su empeño de querer salvar a todos los hombres?.

6.- El mandamiento del amor

Un doctor de la ley, preguntó a Jesús y le dijo: *¡Maestro! ¿Cuál es el mayor mandamiento de la Ley? El le dijo: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu entendimiento (Dt. 6,5). Este es el mayor y primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a tí mismo (Lev. 19,18). De estos mandamientos pende toda la Ley y los Profetas (Mt.22, 34-40).*

Dice Jesucristo que el mandamiento más grande, más serio y más importante, es el precepto de amar a Dios más que a todas las cosas. Y

¿por qué nos ordenará Dios tan seriamente que le amemos?. Nadie tiene interés de ser amado de alguien si no es porque él también le ame. Cuando uno está enamorado desea con ansia ser correspondido; a nadie le importa el amor de los extraños; por tanto, si Dios quiere tanto que le amemos es, ni más ni menos que, porque Él también nos ama.

Dios quiere que le amemos a Él con todo nuestro corazón y con todo nuestro ser y más que a todas las cosas; pero también quiere que amemos al prójimo, porque todos somos hijos suyos, porque a todos nos ama con un amor infinito,y porque por todos murió Cristo en la cruz.

Si amamos a Dios no podemos mirar con indiferencia a las almas por las que Él tanto sufrió.

Dios es un Padre amantísimo que tiene muchos hijos, que viven cerca de tí y están muy necesitados: El demonio, el mundo y la carne quieren perderlos, son innumerables los peligros que les acechan. Algunos ya han sucumbido, otros están en peligro de sucumbir; muchos de ellos ni siquiera se dan cuenta del estado peligroso en que viven... Pero tú, que has sido favorecido con una luz especial y comprendes el gravísimo peligro en que están metidos, ¿qué vas a hacer para ayudarles? ¿No les ayudarás? ¿Cómo podrás decir a Dios que le amas si miras con indiferencia y no ayudas a las almas por las que Él murió en la cruz?.

Considera a Cristo en la cruz, colgado de tres clavos y soportando los más terribles dolores por la salvación de esas almas que tu ves que marchan tranquilas por el ancho camino que conduce a la perdición... ¿Has pensado si estaría en tu mano hacer alguna cosa que pudiera detener a alguna de ellas y volviera al buen camino que conduce a Dios? ¡Ay de tí si alguna de ellas se llegase a condenar por tu negligencia y descuido!

7.- El Mandamiento de Jesús

Jesús dijo a los Apóstoles: *Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros, para que así como Yo os he amado, también vosotros os améis los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos, si os teneis amor unos a otros* (Jn. 13, 34-35).

Y un poco después volvió a repetir: *Mi mandamiento es que os améis unos a otros como Yo os he amado* (Jn. 15,12).

Según los teólogos, lo que Jesucristo aquí nos manda no es que nosotros amemos al prójimo con la misma intensidad de amor conque Él nos ama, porque esto sería imposible; lo que nos dice es que así como Él antepuso nuestra salvación a su propia vida corporal, de la misma manera nosotros debemos estar dispuestos a hacer por la salvación de los

demás todo lo que nos sea posible, aunque tuviéramos que perder nuestras vidas en el intento.

El amor al prójimo, tal como nos lo enseña Jesús en el Evangelio, tiene dos partes: la primera y principal se refiere a lo que hemos de hacer por la salvación de las almas, anteponiéndolas a todos los demás intereses del mundo, ya que es más importante la salvación de una sola alma que la salvación material de todo el mundo universo.

Lo segundo que se nos pide en el amor al prójimo, es que también debemos ayudarle en sus necesidades materiales, compartiendo con los más necesitados nuestras riquezas y nuestros alimentos, según aquellas palabras de Jesucristo: *"Tratad a todos los hombres de la misma manera que quisiereis que ellos mismos os tratasen"* (Lc. 6,31) *"Haced vosotros con los demás todo lo que deseáis que ellos hagan con vosotros, porque esta es la Ley de los Profetas"* (Mt. 7,12).

Es importante aquí considerar lo que nos dice Jesús en el capítulo 25 de San Mateo, donde nos explica que nos condenará o nos salvará según sea nuestro comportamiento con los demás. He aquí sus palabras:

Cuando venga el Hijo del hombre en su gloria, acompañado de todos los ángeles, se sentará sobre su trono de gloria, y todas las naciones serán congregadas en su presencia, y separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, poniendo las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los de su derecha: ¡Venid benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo! Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fuí forastero y me disteis posada; desnudo y me vestisteis; estuve en la cárcel y venisteis a verme.

Entonces le responderán los justos: ¿Cuándo te vimos hambriento y te alimentamos; sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero y te hospedamos; o desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos en la cárcel o enfermo y fuimos a verte? Y el Rey les contestará: En verdad os digo, que cuando lo hicisteis con uno, el más pequeño de mis hermanos a mí me lo hicisteis.

Entonces dirá también a los de la izquierda: ¡Apartaos de mí!, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles! Porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fuí forastero y no me hospedasteis; estuve desnudo y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel y no me visitasteis. Entonces ellos les responderán: ¡Señor! ¿Cuándo te vimos hambriento o sediento, o forastero, o desnudo, enfermo o en la cárcel y no te asistimos? El les responderá: En verdad os digo que cuando no lo hicisteis con uno de estos más

pequeños, tampoco conmigo lo hicisteis. E irán estos al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna (Mt. 25,31-46).

A este propósito dice San Juan Eudes: "Hemos de mirar al prójimo como a alguien a quien Dios ama muchísimo, por quien Jesucristo tanto trabajó y tanto sufrió, por quien gastó todo su tiempo y entregó su sangre y su vida; finalmente como alguien a quien Él te recomienda que trates como a su propia persona, cuando te asegura que todo cuanto hagas al más pequeño de los suyos, es decir, de los que creen en Él, te lo pagará como si se lo hicieras a Él mismo" (Vida y Reino de Jesús. c.2).

Ahora bien: si Cristo condenará con eternos tormentos a los que no atienden a las necesidades materiales del prójimo, ¿qué clase de tormentos nos esperan a los que pudiendo hacer algo no lo hacemos por la salvación de sus almas?

Porque "nuestros deberes de caridad para con el prójimo -según enseña la teología- están en proporción directa con la importancia de los bienes a que se refieran y con el grado de necesidad en que se encuentre. Este es el principio fundamental que, bien entendido, resuelve por sí solo la infinita variedad de aplicaciones que se presentan continuamente en la práctica. Para su recta inteligencia hay que precisar, ante todo, *la jerarquía de bienes* que pueden afectar al prójimo, y los distintos *grados de necesidad* en que pueda encontrarse.

"En primer lugar, es evidente que el bien *sobrenatural* está mil veces por encima del bien puramente *natural*. Santo Tomás no vacila en decir que, "el bien *sobrenatural* de un sólo individuo, es mayor y vale más que el bien *natural* de todo el universo. Esto es evidentísimo para todo el que conserve una chispita de fe y aun de simple sentido común" (Royo Marín. Teología de la Caridad n. 274).

8.- El Apostolado

Es importantísima la obra de Cáritas, fundada por los Apóstoles y encargada a los diáconos (Hech. 6,3), pero muchísimo más importante que Cáritas es el apostolado para la salvación de las almas.

Dice un gran teólogo moderno: "Entre todas las obras encaminadas al ejercicio de la caridad fraterna, no hay ninguna que se pueda comparar a la del apostolado en general. Más que la misericordia y que la beneficencia - que tiene por objeto, la mayor parte de las veces, las necesidades materiales del prójimo -, interesa el apostolado directo sobre su alma, para ayudarla a conseguir el mayor de todos los bienes posibles: la bienaventuranza eterna, base y fundamento de la caridad misma" (Royo Marín. Teolog. de la Caridad, n. 379).

Y continúa el P.Royo: "Es imposible amar a Dios sin querer y procurar que todas las criaturas le amen y glorifiquen... Por eso es imposible amar de veras a Dios sin sentir en el alma la inquietud y el anhelo de hacerlo amar de los demás. Un amor de Dios que permaneciera indiferente a las inquietudes apostólicas, sería completamente falso e ilusorio... La caridad para con el prójimo, nos obliga a desearle y a procurarle toda clase de bienes en la medida de nuestras posibilidades" (Espiritualidad de los Seglares, núm. 648).

Los más grandes doctores de la Iglesia, como San Agustín y Santo Tomás de Aquino, no dudan en afirmar que "el bien sobrenatural de un solo individuo, vale infinitamente más que el bien natural de todos los hombres y de todo el universo" (Ad. Bonif. c.6). Y añade Santo Tomás: "Cuando peligra la fe (como en el momento actual) todos estamos obligados a propagarla y defenderla entre los demás, bien instruyéndolos y confirmándolos, o bien reprimiendo y contrarestando los ataques del enemigo" (2-2 q.3 a.2 ad 2).

Pues si como hemos visto en el capítulo 25 de San Mateo, Dios castiga con el infierno a quien no viste al desnudo o no da de comer al hambriento, ¿con cuanta mayor razón castigará a los que pudiendo hacer algo, no hacen nada por la salvación de los demás?

Conocían muy bien los soldados navarros la supremacía del alma cuando en 1936 salían a la conquista de España para Cristo, cantaban enardecidos:

"No llores, madre, no llores / porque me voy a las armas;
los cuerpos no valen nada / lo que valen son las almas".

Sagrada Escritura:

"Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda criatura; el que creyere y se bautizare, se salvará; pero el que no creyere, será condenado (Mc. 16, 15-16).

"Id, pues, e instruid a todas las naciones... enseñándoles a observar todas las cosas que Yo os he mandado" (Mt. 28, 19-20).

"Te conjuro, pues, delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar a vivos y muertos, al tiempo de su venida y de su reino: Predica la palabra, insiste con ocasión y sin ella, reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina" (2 Tm. 4,1-2).

"Pues ¿cómo podrán creer en Él si de Él no han oído hablar? y ¿cómo podrán creer en Él si no se les predica? Y ¿cómo habrá predicadores si no se les envían? (Rm. 10,14-15).

"Así que la fe proviene de oir, y el oir de la palabra de Cristo" (Ibid. 17).

"Aplícate a la lectura, a la exhortación y a la enseñanza... Vela sobre tí mismo y atiende a enseñar la doctrina, insiste en estas cosas, porque haciendo esto te salvarás a tí y también a los que te oyeren" (1 Tm. 4,13 y 16).

"Velad sobre vosotros y sobre todo la grey, de la cual el Espíritu Santo os ha constituído obispos, para apacentar la Iglesia de Dios, que Él compró con su preciosa sangre" (Hech. 20,28).

"¡Oh, que hermosos son los pies de los que anuncian el Evangelio!" (Is. 52.7).

Yo no me glorío de la predicación del Evangelio porque me siento obligado a hacerlo y lo hago por necesidad, pues, ¡ay de mí si no predicare el Evangelio! (1 Cor. 9,16).

"Yo de buena gana me gastaré y desgastaré hasta agotarme por vuestras almas, aunque amándoos con mayor amor sea menos amado de vosotros (2 Cor. 12,15).

"La muerte y la vida están en poder de la lengua; cual sea el uso que de ella hagas, tal será el fruto" (Prov. 18,21).

"Aquellos que hubieren enseñado a muchos la justicia, brillarán como la luz del firmamento y como estrellas por toda la eternidad" (Dan. 12,3).

"Nadie busque su propia satisfacción, sino el bien del prójimo" (1 Cor. 10,40).

"Atendiendo cada cual, no al bien de sí mismo, sino a lo que redunde en bien del prójimo" (Fil. 2,4).

"La mies es mucha, los obreros pocos: Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (Mt. 9, 37-38).

"Hermanos míos: Si alguno de vosotros se desviare de la verdad y otro lo redujere a ella, debe saber que quien hace que se convierta el pecador de su extravío, salvará de la muerte eterna *al alma del pecador,* y por su obra de caridad, *quedarán cubiertos la muchedumbre de sus* propios *pecados" (Sant. 5,20).*

Veamos lo que decían algunos santos:

San Ignacio de Antioquía: "Yo te exhorto, por la gracia de que estás revestido, a que aceleres el paso de tu carrera, a que exhortes tú por tu parte a todos para que se salven... Llévalos a todos sobre tí, como a tí te lleva el Señor" (Cta. a S. Policarpo).

Orígenes: "¿Qué es la propiciación por el delito? Si tú acoges al pecador y con tu amonestación, tus exhortaciones, tus enseñanzas e ins-

trucción lo conduces a penitencia, lo libras de su error, lo enmiendas de sus vicios y lo vuelves tal que, convertido, Dios sea propicio, se diría que tú has propiciado por el delito.

"Si tu, pues, obras así: si tal es tu predicación, se te dará parte de aquellos que corrijas; la salvación de ellos será tu recompensa, tu gloria, como dice el Apóstol: *"Cada uno recibirá el premio según lo que sobreedifique" (1 Cor. 3, 14-15)*. (Hm. sob. Levítico, 7,5).

San Juan Crisóstomo: "¿Creeis que vais a poder salvaros si no trabajais por la salvación de los demás? Nadie puede creer que conseguirá la salvación si no trabaja nada por la del prójimo... No es poca cosa salvar un alma, cuando el Pastor del Evangelio dejó noventa y nueve por una sola que había perdido...

Yo, por mi parte, no me callaré jamás aunque no me oiga nadie... ¿Qué no se emnienda nadie? Aunque así fuera, yo recibiría mi premio; aunque creo imposible que oyéndome tantos, no haya siquiera uno que se aproveche" (PG. 48,1029).

Y continúa diciendo: "El Juez nos exigirá cuenta si hemos trabajado por la salvación del prójimo lo mismo que por la nuestra... Por tanto, aunque ordenemos nuestra vida santamente, no nos aprovechará de nada si descuidamos la salvación del prójimo, y este descuido nos puede sumergir en lo profundo del infierno. Porque si no hay escusa que valga a los que no han prestado ayuda corporal al prójimo, ¿con cuánta mayor razón no padecerá incontables males el que omite esta obligación, tanto mayor cuanto es más importante el cuidado de las almas?" (PG. 47, 349-360).

Y sigue el Santo: "Es cosa tan preciosa delante de Dios un alma, que por ella no perdonó a su propio Hijo. De ahí que yo os exhorte a que sólo tengais una mira, en una sola cosa cifremos nuestro empeño: librar a los que se hallan en peligro. Y no hablo del peligro sensible o corporal, pues éste ni nombre de peligro merece; hablo del peligro del alma, del peligro en que el diablo pone a los hombres" (BAC. Obras I., pág. 249).

Y continúa: "No digais que no importa que los otros ofendan a Dios. El Señor dio su vida por los hombres, ¿y vosotros les negareis algo que podais hacer por ellos para que alcancen la salvación? Sabed, pues, que, en todas las ocasiones que se presenten de contribuir a la conversión de vuestros hermanos, no debeis dejar nada por hacer, aunque se os exija la vida, la debereis dar con gusto por la salvación de las almas". (Hm. 35 ad Jud).

"Debeis saber que quien convierte a una sola alma, agrada más a

Dios que si repartiera todos sus bienes en limosnas" (In 1 Cor.Hom. 3).

"Yo con gusto daría mil veces la luz de mis ojos por vosotros, si así pudiese convertir vuestras almas. Hasta tal punto estimo más vuestra salvación que la luz de mis propios ojos. Porque ¿de qué me serviría el rayo de luz si el dolor que vosotros me causais envuelve en oscuridad mis ojos?" (In Act. 3,5).

"Nada irrita tanto a Dios como que despreciemos los intereses de nuestro prójimo..." (Hm. 77 sobre S.Mt.).

"La caridad con el prójimo es el camino que mejor nos lleva al cielo, nos hace imitadores de Cristo, y, en cuanto cabe, semejantes a Dios" (Ibid).

"Dice Pablo: *"Que nadie busque sólo su propio interés, sino también el bien del prójimo"* (1 Cor. 10,24).

"No es posible salvarnos si no miramos por el bien de todos" (Ibid).

"Aun cuando hubiésemos de atravesar montañas y precipicios, todo ha de hacérsenos tolerable por la salvación de nuestro hermano".

"El cobarde que sólo trata de salvarse a sí mismo, se pierde él con los demás. El valiente, en cambio, que lucha por salvar a los demás, se salva también a sí mismo" (Ibid).

"El sacerdocio es la máxima prueba del amor a Cristo..."

"El Maestro pregunta a Pedro si le ama, no porque necesitase saberlo, sino para enseñarnos a nosotros cuánto le importa el gobierno de su rebaño. Siendo, pues, esto cosa manifiesta, claro será igualmente que se reservará grande galardón al que trabajare en aquello que Cristo precia sobre todas las cosas... ¿Qué recompensa pensamos ha de dar a los que apacientan su rebaño, que Él compró con su muerte y dio por precio su propia sangre? ¿Pues porqué causa no perdonó Dios a su Hijo unigénito, sino que siendo único le entregó a la muerte? (Rm. 8,32). Para reconciliar consigo a los que éramos sus enemigos y adquirirse un pueblo peculiar suyo. Y ¿por qué el mismo Hijo derramó su sangre? (Tit. 2,14). Para adquirir con tal precio esas mismas ovejas que recomienda a Pedro". (El Sacerdocio, L.2).

"Y los apóstoles no por otro motivo encomendaron a Esteban y sus compañeros (Hech. 6,2) el cuidado de las viudas, sino para dedicarse ellos más holgadamente al ministerio de la palabra" (Ibid. L.4).

"Yo no creo que pueda salvarse quien no trabaja por la salvación del prójimo" (Ibid. L. 6).

"Esta vida es una guerra y cada día caen montones de heridos; pero las heridas del alma son muy superiores a las del cuerpo... (Ibid).

"De todas las cosas divinas, la más divina de todas es ser cooperadores con Dios en la tarea de llevar a buen camino a los extraviados. Los

que se dedican por el amor de Dios a la salvación de las almas, verdaderamente son divinos y están unidos con Dios" (citado por el P. del Alamo. Fuente de Vida).

"Nada hay más frío que un cristiano que no se preocupe por la salvación de los demás... Todos pueden ayudar al prójimo con tal que cumplan lo que les corresponde...

"¿Cómo, me pregunto, puede ser cristiano si no ayuda al prójimo?..."

No digas: No puedo influir en los demás, pues si eres cristiano de verdad es imposible que no lo puedas hacer... Es más fácil que el sol no luzca ni caliente, que no que deje de dar luz un cristiano... (Hm. sob. los Hech. 20,4).

San Basilio: "Feliz el que se entristece por los pecados del prójimo, por ser terrible lo que le espera; y feliz el que se alegra y regocija de las obras buenas que hace el prójimo, por ser incomparable su ganancia. Pero el que no siente nada por las ganancias o desgracias del prójimo, es porque no le ama según el mandamiento de Cristo" (Inter. 175, sent. 15).

San Agustín: Solía decir: "Si salvaste un alma, predestinaste la tuya".

"El celo de la salvación de las almas y el deseo de ver a Dios amado por todos, nace del amor; por tanto, quien no tiene celo de la salvación de las almas, es señal de que no ama a Dios, y quien no ama a Dios está perdido" (In Sal. 118).

"El que ama a los hombres ha de amarlos o porque son justos o para que sean justos. Con igual caridad se ha de amar a sí mismo; es decir, o porque ya es justo o para hacerse justo. Sólo así podrá amar al prójimo como así mismo sin sombra de peligro" (BAC. Obras V, pág. 445).

"El que ama al prójimo hace hasta donde alcanzan sus fuerzas por conseguir la salud del cuerpo y del alma, pero refiriendo siempre el cuidado del cuerpo a la salud del alma" (BAC. Obras IV, pág. 284).

"La salvación de las naciones por los apóstoles es cosa más grande y excelente que la creación del mundo; porque el mundo universo pasará pero la salvación de las almas no pasará" (De Civit).

San Gregorio Magno: "Si merece gran recompensa quien libra a un hombre de la muerte temporal, ¿cuánto más merecerá quien libre un alma de la muerte eterna y le asegure una vida que no fiene fin?" (Mor. 1,19, c.16).

"Tanto más presto será el pecador absuelto de sus culpas, cuanto más haya contribuído a librar de pecados a sus prójimos" (Citado por S. Ligorio).

San Lorenzo Justiniano: "Si te preocupa la honra de Dios, no la podrás buscar de modo mejor que trabajando por la salvación de las almas" (De compunct. p. 2. n.3).

San Dionisio Areopagita dijo que "la obra más grande que el hombre podía hacer en este mundo, es poder cooperar con Dios en la salvación de las almas" (Estas cinco últimas citas están sacadas de las Obras de San Ligorio).

San Leonardo de Portomauricio, escribió: "Emplearé toda mi vida en procurar que los pecadores se arrepientan de sus pecados y se pongan en gracia de Dios, y enprocurar que los que ya están en gracia de Dios instruirlos para que la aumenten más, lo cual es el mayor y máximo bien que se les puede procurar y el mayor servicio que se puede hacer a Dios.

Sabiendo que ayudando a salvar las almas de los demás Dios salvará la mía, me esforzaré cuanto pueda en este asunto sin dar un paso atrás, dedicando a este asunto todo el tiempo de mi vida" (Propósitos 141-157).

San Ignacio de Loyola, decía: "Aun cuando me asegurasen que muriendo iba directo al cielo, preferiría quedarme en la tierra, incierto de mi salvación, si con ello hubiera podido ayudar a salvar a algún pecador" (Citado por S. Ligorio en La Selva).

El Santo Cura de Ars: hubiera aceptado con gusto quedarse en la tierra hasta el fin del mundo, sufriendo toda clase de trabajos, si con ello hubiera podido ayudar a salvar algun alma. (Ibid).

San Francisco de Regis, decía que la vida le resultaba insoportable si con ella no pudiera ayudar algo en la salvación de las almas. (Ibid).

San Buenaventura hubiera aceptado tantas veces la muerte, cuantos son los pecados de los hombres, si de esa forma hubiera podido ayudar a salvar sus almas (Ibid).

Santa Teresa de Jesús, decía: "El grandísimo amor que Jesucristo

tiene a cada una de las almas, y el gran deseo de que se salven, sobrepuja sin comparación a todo lo que padeció en este mundo, incluyendo su Pasión" (morad. 5 c.2).

"De buena gana aceptaría ir al purgatorio y estar allí padeciendo hasta el día del juicio si con esto consiguiese salvar un alma... De penas que se han de acabar no hay que tener miedo. (Lo terrible es lo que no tiene fin, como es el infierno) (Cam. 3,6).

"El ansia mayor de los santos es la salvación de las almas para llevarlas a Dios y que por siempre le alaben" (7M. 4,14).

"Yo tenía gran envidia a los que por el amor de Dios se dedicaban a la salvación de las almas, aunque pasasen mil muertes. Y así me acaecía que cuando en las vidas de los santos leemos que convirtieron almas, me dan mucha más devoción y ternura y más envidia que todos los martirios que padecen, pareciéndome que más aprecia Dios lo que hagamos por la salvación de las almas, que todos los demás servicios que le podamos hacer" (Fund. 1,7).

"Más aprecia Dios un alma que por nuestra industria y oración le ganásemos, mediante su misericordia, que todos los demás servicios que le pidiéremos hacer" (Ibid).

"Cierto, de muy buena gana pasaría yo por muchas muertes por la salvación de las almas... Pues si cuando vemos a una persona que amamos que está sufriendo algun gran trabajo o dolor, sentimos gran compasión, ¿qué será ver a un alma condenada para siempre al sumo de los trabajos y quién lo ha de poder sufrir? No hay corazón que lo lleve sin gran pena. Pues acá con saber que, en fin, se acabará con la vida, y aunque tiene término aun nos mueve a tanta compasión, esto otro que no tiene fin, ¿cómo podremos sosegar viento tantas almas como lleva cada día el demonio consigo? (Vid. 33).

Santa Catalina de Siena: "Por eso os apremio y quiero que permanezcais firme en Cristo para la estirpación de los vicios e implatación de las virtudes, imitando a la primera Verdad y a los santos que han seguido sus huellas, no poniendo regla ni medida al deseo que no admite medida... De esta manera tendreis parte con ellos por la caridad, es decir, por el amor que teneis a su salvación" (A. Fr. Bartolomé Dominici).

"Viendo en Dios tan grande amor, de Él saca amor y deseo de amar lo que Dios ama y de odiar lo que Él odia. Y viendo que Él ama extremadamente a la criatura racional, de ahí que nazca en el alma el amor a la salvación de las almas, tanto, que parece imposible que sea saciado. Odia los vicios y pecados, y, para honra de Dios, ama en el prójimo la

virtud... (Al Ven. D. Guillermo).

"Quiero, pues, que seais el verdadero y buen pastor y que, si tuvieseis mil vidas, os hallareis dispuesto a darlas por el honor de Dios y la salvación de las almas. ¡Oh, papaíto mío, dulce Cristo en la tierra, imitad al dulce Gregorio! Tan posible es a vos como a Él, porque Él no fué de otra carne que vos y el Dios de entonces es el de ahora. No os falta más que virtud y salvación de almas. Pero Padre, para esto hay remedio: No atienda más a amigos ni parientes ni sus necesidades temporales sino sólo a la virtud y a la exaltación de las cosas espirituales. Si atendeis a las espirituales, las temporales no os faltarán (Al Papa Gregorio XI).

San Francisco de Sales: "Ante Dios una sola alma pesa más que el mundo entero" (Citado por S.Lirogio).

Santa Margarita de·Alacoque: "¡Oh, si pudiese y me fuera dado poder expresar lo que me ha sido dado a entender acerca de la recompesa que los apóstoles recibirán del amabilísimo Corazón de Jesús". (Ibid).

San Ligorio: "Porque amo a Jesucristo ardo en deseos de darle almas: primero la mía, y después el mayor número posible de otras". (Citado por el P. Anselmo del Alamo).

"Para darse cuenta de cuánto desea Dios la salvación de las almas, basta sólo considerar lo que ha hecho en la obra de la redención humana. Bien claro patentizó Jesucristo este su deseo cuando dijo: "Con un bautismo de sangre tengo que ser bautizado, ¡y qúe angustias las mías hasta que se cumpla!" (Lc. 12,50). Le parecía desfallecer por el ansia que tenía de ver realizada la obra de la redención que salvara a todos los hombres. De esto infiere justamente San Juan Crisóstomo que "no hay cosa más cara a Dios que la salvación de las almas" (In Gen. Hom. 3). Y antes escribió San Justino que "nada agrada tanto a Dios como trabajar por hacer mejores a los demás". Lo mismo dice San Clemente Alejandrino: "Dios no tiene mayor afán que ver salvos a todos los hombres" (Orat.ad Gentes).

Y continúa San Ligorio: "Quien tiene la suerte de trabajar en la conversión de los pecadores, goza de gran señal de predestinación y de que su nombre está escrito en el libro de la vida" (Selva, I, 9).

San Juan Eudes: "Recordad que la obra más grande, más divina y agradable a Jesús que podais hacer en este mundo, es, trabajar con Él

en la salvación de las almas que le son tan queridas y preciosas. Trabajad en ello con todo el cuidado, diligencia e interés que podais; más que si se tratase de salvar todos los bienes materiales o la vida corporal de todos los hombres del mundo. En ello debeis de consumir todo vuestro tiempo, toda vuestra salud, vuestra vida y todos los tesoros del mundo si los poseyeseis, para ayudar a la salvación de una sola alma por la que Jesucristo dio su sangre y empleó y agotó todo su tiempo, su vida y sus fuerzas" (El Reino de Jesús, c.13).

Beato José Mayanét: "Salvar un alma es un prodigio mayor que la creación del mundo, pues para crear el mundo bastó la palabra todopoderosa de Dios, mientras que para redimir al hombre fué preciso que derramara su sangre el Unigénito del Padre calestial" (BAC. Obras, p.553).

Sta. Rafaela Mª del Sgdo. Corazón: "Debo fomentar mucho en mí el celo de las almas. Arder y abrasarme en rogar porque ninguna se pierda. Han costado toda la sangre preciosísima de mi Esposo, y si soy, como realmente soy su esposa, ¿cómo he de tener corazón para que ni una sóla gota pierda su fruto? (BAC Obras, pág. 1101).

San José de Calasanz: "Entre las obras divinas, la más divina es cooperar con Dios en la salvación de las almas" (27-4-1630).

San Enrique de Ossó: "Uno de los intereses más apreciados del Corazón de Jesús es la salvación de las almas. Más gloria le dará a Dios una sola alma que le salvemos, que le han dado en esta vida todos los santos y justos de todos los tiempos..."

"La salvación de las almas, es la sed que devora a Jesús, y que desde el cielo nos clama de continuo: "¡Dadme almas! ¡Dadme almas!".

"Este es su manjar - exclama Santa Teresa - que de todas las maneras que pudiereis le llegueis almas que se salven y siempre le alaben" (Marodas, 7,4).

"Debeis trabajar con todo ahinco por ser almas de fuego a quienes abrase y consuma el celo de la salvación de las almas... Esta es vuestra misión, y todos vuestros trabajos y vuestros estudios debeis dirigirlos a salvar almas; vuestros pensamientos y todas vuestras obras y deseos, a salvar almas".

"Entre todas las obras exteriores de vida activa, las más principales y excelentes, como dice Santo Tomás, son las que directamente se ordenan a la salud de las almas; por lo que es más meritorio el ofrecer a Dios

su alma y la de otros, que todas las demás cosas exteriores que se le pudieran ofrecer"

"Por tanto, persuadíos, pues, de que en ninguna cosa podeis promover tanto los intereses de Jesús como en trabajando porque haya santos y sabios sacerdotes... para la salvación de las almas" (BAC 440, pág. 375).

San Carlos Borromeo: "El ejemplo de Cristo nos enseña el inmenso valor de las almas. Para salvarlas el Hijo de Dios ha derramado toda su sangre. ¿y consideraremos cosa de poca monta aunque sea una sola de ellas? ¿No nos será posible ver a todo el pueblo completamente bañado por la preciosísima sangre de Cristo, sin sentirnos dispuestos, si es necesario, a dar nuestra vida por ello? ¿No daremos nuestro magisterio, no aconsejaremos, no daremos instrucciones, no guardaremos las almas redimidas a tan caro precio?" (Hm. 3-1-1584).

San Antonio Mª Claret: "El ejercicio de la predicación es el de mayor importancia que Jesucristo puso en la Iglesia. Esta es la espada con que armó a sus doce capitanes, los apóstoles" (Autob. 238).

Beata Angela de la Cruz: "El trabajar por la perfección y salvación de las almas, no solamente es el mayor bien sobreexcelente entre todos los humanos, sino también divinísimo entre todos los divinos" (BAC, pág. 583).

Cabodevilla: "La fuente de toda acción apostólica no puede ser otra que la caridad del apóstol: si ama a los hombres, ¿cómo no va a empeñarse en compartir con ellos el mayor bien que posee, el conocimiento y comunión de Dios? "La caridad es como el alma de todo apostolado". Y lo mismo que el origen, también el fin del apostolado estriba en la caridad" (BAC, 254).

Y concluye el P. Fáber: "Jesús vino a este mundo solamente para salvar a las almas; por ellas derramó su preciosísima sangre y por ellas murió en la cruz... El alma es la única cosa digna de todos nuestros esfuerzos. ¡Condenarse un alma y condenarse para siempre! ¿Quién es capaz de sondear el horror de semejante desventura? ¿Quién podrá formarse una idea exacta del abismo, de la ruina, de la inconmensurable desdicha, de la insoportabilidad del tormento y del irreparable abandono, de la desesperación de un alma eternamente condenada?" (Todo por Jesús, Sec. IV).

9.- La principal misión de la Iglesia

La principal misión de la Iglesia es aquella que recibió de Cristo cuando dijo a los Apóstoles: *"Id, pues, y haced discípulos míos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que Yo os he mandado. Y sabed que Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt.28,19-20).*

Y añade el Catecismo de la Iglesia: "Toda la Iglesia es apostólica en cuanto que ella es "enviada" al mundo entero; todos los miembros de la Iglesia, aunque de diferentes maneras, tienen parte en este envio. Por tanto, "la vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado". Se llama "apostolado" a toda actividad que tiende a propagar el Reino de Cristo" (863).

Actualmente en España se predica poco el Evangelio, y ésto sólo en los templos; sin embargo, según el Derecho Canónico, "el mensaje evangélico debe llegar a toda clase de personas, incluso a aquellas que hayan dejado de practicar o no profesen la verdadera fe" (C.528). ¿Cómo llegar, pues, a los que no entran en los templos? - Se podría llegar a ellos fácilmente a través de la televisión o de la radio -.

¿Qué han dicho los últimos papas sobre el apostolado?

León XIII: "La misión principal de la Iglesia es defender y propagar en la tierra el Reino del Hijo de Dios y el esforzarse a que los hombres se salven con la comunicación de los divinos beneficios" (Tametsi futura).

Benedicto XV: "Para agradecer a Dios el don de la fe que de Él hemos recibido, deber nuestro es contribuir a comunicar a otras almas esa misma fe... La fe, ciertamente es un compromiso misionero y nos lo exige nuestro carácter bautismal" (Cit. por B.M.S.).

Pío XI: En 1926 funda el "Domum" o Domingo Mundial de la Propagación de la fe, para regoger fondos y llamar la atención de todos los cristianos sobre este importantísimo tema. Seriamente preocupado por el problema misional, dijo: "Ante el pensamiento de que hay muchos millones de infieles, no podemos dar descanso a nuestro espíritu, antes bien, nos parece perseguir aquella voz del profeta Isaías: "Clama, no ceses... eleva tu voz como trompeta... ¡Qué grave es la responsabilidad que pesa sobre nosotros si un sólo misionero tiene que detener su paso por falta de aquellas ayudas que podríamos haberle presta-

do nosotros!".

"Nadie puede ser tenido por tan pobre y desnudo, nadie por tan débil, hambriento o sediento como el que carece del conocimiento y de la gracia de Dios".

"Cuando peligra la fe, (como en los tiempos actuales), el no hacer nada es un pecado de omisión que podría ser gravísimo" (29-9-1927).

Pío XII: "No hay caridad más útil que la destinada a extender el Reino de Dios y a procurar la salvación de las almas" (Evangelii Praecones).

Y hablando de las misiones populares, decía: "¿Quién negará que este es el remedio que más necesita hoy el género humano?" (Quadragésimo anno).

Juan XXIII: "No es suficiente vivir de acuerdo con la doctrina cristiana y después refugiarse en el aislamiento, y pensar que hemos cumplido nuestra misión. No basta. El Señor quiso y quiere la salvación de todos" (22-1-1963).

Pablo VI: "La Iglesia peregrinante es, por su naturaleza, misionera, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y de la misión del Espíritu Santo, según el propósito de Dios Padre" (AG 2).

"Por eso la Iglesia, enriquecida con los dones de su Fundador y observando fielmente sus preceptos de caridad, humildad y abnegación, recibe la misión de anunciar el reino de Dios e instaurarlo en todos los pueblos, y constituye en la tierra el germen y el principio de ese reino" (LG 5).

"La Iglesia ha nacido con este fin: propagar el reino de Cristo en toda la tierra para gloria de Dios Padre, y hacer así a todos los hombres partícipes de la redención salvadora... (AA 2).

"Este solemne mandato de Cristo de anunciar la verdad salvadora, la Iglesia lo recibió de los Apóstoles con orden de realizarlo hasta los confines de la tierra (Hech. 1,8). Por eso hace suyas las palabras del Apóstol: *"¡Hay de mí si no evangelizare!" (1 Cor. 9,16)* y sigue incesantemente enviando evangelizadores, mientras no estén plenamente establecidas las Iglesias recien fundadas y ellas, a su vez, continúen la obra evangelizadora" (LG 17).

"Como la Iglesia es toda ella misionera y la obra de la evangelización es deber fundamental del pueblo de Dios, elConcilio invita a todos a una profunda renovación interior, a fin de que, teniendo viva conciencia de la propia responsabilidad en la difusión del Evangelio, acepten su

participación en la obra misionera entre los gentiles" (AG 35).

"Por eso, la Iglesia ora y trabaja a un tiempo, para que la totalidad del mundo se incorpore al Pueblo de Dios, Cuerpo del Señor y Templo del Espíritu Santo, y en Cristo, Cabeza de todos, se rinda todo honor y gloria al Creador y Padre universal" (LG 17).

"La misión, pues, de la Iglesia se realiza mediante la actividad por la cual, obediente al mandato de Cristo y movida por la caridad del Espíritu Santo, se hace plena y actualmente presente a todos los hombres y pueblos para conducirlos a la fe, la libertad y a la paz de Cristo por el ejemplo de la vida y de la predicación, por los sacramentos y demás medios de la gracia, de forma que se les descubra el camino libre y seguro para la plena participación del misterio de Cristo" (AG 5).

"Por ello incumbe a la Iglesia el deber de propagar la fe y la salvación de Cristo, tanto en virtud del mandato expreso... como en virtud de la vida que Cristo infundió en sus miembros" (AG 5).

"El apostolado de los seglares, que surge de su misma vocación cristiana, nunca puede faltar en la Iglesia... Y en nuestros tiempos, no exige menos celo en los seglares, antes bien, las circunstancias actuales les piden un apostolado mucho más intenso y más amplio... Y este apostolado se hace mucho más urgente porque ha crecido muchísimo, como es justo, la autonomía de muchos sectores de la vida humana, a veces con cierta separación del orden ético y religioso y con grave peligro de la vida cristiana" (AS 1).

"La Iglesia ha nacido para que por la dilatación del Reino de Cristo en toda la tierra, a gloria de Dios Padre, haga partícipes a todos los hombres de la redención salvadora, y para que por medio de ellos se ordene realmente todo el mundo hacia Cristo. Toda la actividad del Cuerpo místico, dirigida a ese fin, se llama apostolado, que ejerce la Iglesia por todos sus miembros y de diversas maneras; porque la vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación de apostolado... (AS 2).

"A los apóstoles y a sus sucesores les confirió Cristo el oficio de enseñar, de santificar y de regir en su mismo nombre y autoridad. Mas también los seglares, hechos partícipes del oficio sacerdotal, profético y real de Cristo, cumplen su cometido en la misión de todo el pueblo de Dios en la Iglesia y en el mundo. En realidad ejercen el apostolado trabajando para la evangelización y santificación de los hombres y animando y perfeccionando con el espíritu evangélico el orden de las cosas temporales, de forma que su actividad en este aspecto sea un claro testimonio de Cristo y sirva para la salvación de los hombres... (AS 2).

"Los cristianos seglares obtienen la obligación y el derecho para el

apostolado por su unión con Cristo Cabeza. Ya que insertos por el Bautismo en el Cuerpo místico de Cristo, robustecidos por la confirmación en la fortaleza del Espíritu Santo, son destinados al apostolado por el mismo Señor... (AS 3).

"El apostolado se ejerce en la fe, en la esperanza y en la caridad, que derrama el Espíritu Santo en los corazones de todos los miembros de la Iglesia. Más aun, el precepto de la caridad, que es el máximo mandamiento del Señor, urge a todos los fieles cristianos a procurar la gloria de Dios por el abvenimiento de su reino, y la vida eterna para todos los hombres: que conozcan al único Dios verdadero y a su enviado Jesucristo (Jn. 17,3).

"Por consiguiente, se impone a todos los fieles cristianos la gloriosa obligación de trabajar para que el mensaje divino de la salvación sea conocido y aceptado por todos los hombres de cualquier lugar de la tierra" (AS 3).

"La misión de la Iglesia tiene como fin la salvación de los hombres, que hay que conseguir con la fe en Cristo y con su gracia. El apostolado, pues de la Iglesia y de todos sus miembros se ordena, ante todo, a manifestar al mundo el mensaje de Cristo con las palabras y con las obras... (AS 6).

"Pero este apostolado no consiste sólo en el testimonio de la vida; el verdadero apóstol busca las ocasiones de anunciar a Cristo con la palabra, ya a los no creyentes para llevarlos a la fe, ya a los fieles para instruirlos, confirmarlos y estimularlos a una vida más fervorosa: *la caridad de Cristo nos apremia (2 Cor. 5,14)* y en el corazón de todos debe resonar aquellas palabras del Apóstol: *¡Ah de mí si no evangelizare! (1 Cor. 9,16)*.

Mas como en nuestro tiempo surgen nuevos problemas, y se difunden errores gravísimos que pretenden destruir desde sus cimientos la religión, el orden moral y la sociedad humana, este sagrado Concilio exhorta de corazón a los seglares, a cada uno según las dotes de su ingenio y según su saber, a que cumplan con más diligencia aun su cometido... (AS 6).

"Una exhortación en este sentido nos ha parecido de importancia capital, ya que la presentación del mensaje evangélicono constituye para la Iglesia algo de orden facultativo, está de por medio el deber que le incumbe, por mandato del Señor, con vistas a que los hombres crean y se salven. Sí, este mensaje es necesario. Es único. De ningún modo podría ser reemplazado. No admite indiferencia ni sincretismo ni acomodos. Representa la belleza de la Revelación. Lleva consigo una sabiduría que no es de este mundo. Es capaz de suscitar por sí mismo la fe,

una fe que tiene su fundamento en la potencia de Dios. Es la verdad. Merece que el apóstol le dedique todo su tiempo, todas sus energías y que si es necesario, le consagre su propia vida" (EN 5).

"Nosotros queremos confirmar, una vez más, que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia; una tarea y misión que los cambios amplios y profundos de la sociedad actual hacen cada vez más urgentes. Evangelizar, constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar..." (EN 14). Ante todo, es su misión y su condición de evangelizar lo que ella está llamada a continuar" (Ibid 15).

"¿Quién tiene, pues, la misión de evangelizar?

El concilio Vaticano II ha dado una respuesta clara: "Incumbe a la Iglesia por mandato divino ir por todo el mundo y anunciar el Evangelio a toda criatura". Y en otro texto afirma: "La Iglesia entera es misionera, la obra de evangelización es un deber fundamental del pueblo de Dios" (EN 59).

"Los hombres podrán salvarse por otros caminos, gracias a la misericordia de Dios, si nosotros no les anunciamos el Evangelio; pero, ¿podremos nosotros salvarnos si por negligencia, por miedo, por vergüenza -lo que San Pablo llamaba avergonzarse del Evangelio- o por ideas falsas omitimos anunciarlo? (EN 80).

"Es un precepto divino comunicar a todo el mundo lo que Cristo nos reveló... Por la predicación sagrada la Iglesia evangelizó al mundo... La decadencia de la predicación es una de las calamidades de nuestros días, una de las principales causas de la debilitación del espíritu cristiano" (El Diálogo).

Juan Pablo II: "En Cristo, que es la Palabra definitiva de la revelación, Dios se ha dado a conocer del modo más completo... Esta autorevelación definitiva de Dios es el motivo fundamental por el que la Iglesia es misionera por naturaleza. Ella no puede dejar de proclamar el Evangelio, es decir, la plenitud de la verdad que Dios nos ha dado a conocer sobre sí mismo" (RM 5).

"No podemos permanecer tranquilos si pensamos en los millones de hermanos nuestros, redimidos también por la sangre de Cristo, que viven sin conocer el amor de Dios. Para el creyente, en singular, lo mismo que para toda la Iglesia, la causa misionera debe ser la primera, porque concierne al destino eterno de los hombres y responde al designio misterioso y misericordioso de Dios" (RM 6).

"La espiritualidad misionera se caracteriza, además, por la caridad

apostólica: la de Cristo que vino para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos (Jn. 11,52); Cristo, Buen Pastor, que conoce sus ovejas, las busca y ofrece su vida por ellas (cf. Jn. 10). Quien tiene espíritu misionero siente el ardor de Cristo por las almas y ama a la Iglesia como Cristo. (Ibid).

"El misionero se mueve a impulsos de "celo por las almas", que se inspira en la caridad misma de Cristo y que está hecha de atención, ternura, compasión, acogida, disponibilidad, interés por los problemas de la gente. El amor de Jesús es muy profundo: El que conocía lo que hay en el hombre (Jn. 2,25), amaba a todos ofreciéndole la redención, y sufría cuando ésta era rechazada (Ibid).

"El misionero es el hombre de la caridad: para poder anunciar a todo hombre que es amado por Dios y que él mismo puede amar, debe dar testimonio de caridad para con todos, gastando la vida por el prójimo. El misionero es el "hermano universal"; lleva consigo el espíritu de la Iglesia, su apertura y atención a todos los pueblos y a todos los hombres, particularmente a los más pequeños y pobres... (Ibid).

"Por último, lo mismo que Cristo, él debe amar a la Iglesia: *"Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella"* (Ef. 5,25). Este amor, hasta dar la vida, es para el misionero un punto de referencia. Sólo un amor profundo por la Iglesia puede sostener el celo misionero; su preocupación cuotidiana -como dice San Pablo- es la *solicitud por todas las Iglesias (2 Cor. 11,28)*.

"La llamada a la misión deriva de por sí de la llamada a la santidad. Cada misionero lo es auténticamente si se esfuerza en el camino de la santidad: "La santidad es un presupuesto fundamental y una condición insustituible para realizar la misión salvífica de la Iglesia" (RM 8).

"La vocación a la santidad está estrechamente unida a la vocación universal de la misión. Todo fiel está llamado a la santidad y a la misión. Esta ha sido la ferviente voluntad del Concilio al desear, "con la caridad de Cristo, que resplandece sobre la faz de la Iglesia, iluminar a todos los hombres, anunciando el Evangelio a toda criatura" *(LG)*. La espiritualidad misionera de la Iglesia es un camino hacia la santidad.

"El renovado impulso hacia la misión *ad gentes* exige misioneros santos. No basta renovar los métodos pastorales, ni organizar y coordinar mejor las fuerzas eclesiales, ni explorar con mayor agudeza los fundamentos bíblicos y teológicos de la fe: es necesario suscitar un nuevo "anhelo de santidad" entre los misioneros y en toda la comunidad cristiana, particularmente entre aquellos que son los colaboradores más íntimos de los misioneros. (Ibid).

"Pensemos, queridos hermanos y hermanas, en el empuje misionero

de las primeras comunidades cristianas. A pesar de la escasez de medios de transporte y de comunicación de entonces, el anuncio evangélico llegó en breve tiempo a los confines del mundo... Era la santidad de los primeros cristianos y de las primeras comunidades" (Ibid).

"El misionero si no es contemplativo, no puede anunciar a Cristo de modo creible. El misionero es un testigo de la experiencia de Dios y debe poder decir como los Apóstoles: "Lo que contemplamos... acerca de la Palabra de vida..., os lo anunciamos" (1 Jn. 1,1-3). (Ibid).

"Nunca como hoy la Iglesia ha tenido la oportunidad de hacer llegar el Evangelio, como el testimonio y la palabra, a todos los hombres y a todos los pueblos. Veo amanecer una nueva época misionera, que llegará a ser un día radiante y rica en frutos, si todos los cristianos y, en particular, los misioneros y las jóvenes Iglesias responden con generosidad y santidad a las solicitaciones y desafíos de nuestro tiempo" (Ibid).

"Varias veces yo mismo he recordado el fenómeno de la descristianización que aflige a los pueblos de antigua tradición cristiana y que reclama, sin dilación alguna, una nueva evangelización" (CL)

"El cristianismo que un tiempo ofreció a la Europa en formación los valores ideales sobre los cuales iba a construir la propia unidad, tiene hoy la responsabilidad de revitalizar desde dentro una civilización que muestra síntomas de preocupante decrepitud" (Discurso 17-10-1089).

"Ningún creyente en Cristo, ninguna institución de la Iglesia puede eludir este deber supremo: anunciar a Cristo a todos los pueblos" (RM 3).

"Se impone con urgencia una evangelización nueva, valiente y coherente. Sólo el efectivo descubrimiento de Cristo hace que el creyente no tema las dificultades y los obstáculos de todo tipo" (Discurso ad Limina 2-2-1991).

"En los umbrales del tercer milenio, toda la Iglesia, pastores y fieles, ha de sentir con más fuerza su responsabilidad de obedecer al mandato de Cristo: "Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación" (Mc. 16,15), renovando su empuje misionero. Una grande, comprometedora y magnífica empresa ha sido confiada a la Iglesia: la de una "nueva evangelización", de la que el mundo actual tiene una grande necesidad. Los fieles laicos han de sentirse parte viva y responsable de esta empresa, llamados como están a anunciar y a vivir el Evangelio en el servicio de los valores y las exigencias de las personas y de la sociedad" *(CL 64)*.

"La evangelización tarea de la Iglesia en todos los tiempos y por toda la tierra, repercute necesariamente en la vida de la sociedad humana. No se puede arrinconar a la Iglesia en sus templos, como no se puede arrin-

conar a Dios en la conciencia de los hombres" (Discurso 16-5-1988).

"El primer servicio que la Iglesia ofrece al mundo es el "servicio de la verdad", el servicio de la participación en la Buena Noticia de la salvación. Esto se realiza a través de la evangelización, la catequesis y la educación; y por tanto, mediante la escuela católica y los diversos programas de instrucción catequética. Se realiza a traves del uso creativo de los medios de comunicación" (Discurso 28-11-1986).

"La evangelización es el desafío más perentorio y exigente que la Iglesia está llamada a afrontar desde su origen mismo. Este reto está contenido en el mandato de Jesús: *"Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación"* (Mc. 16,15).. Los pueblos están necesitados de una nueva evangelización que debe ser "nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión", porque la descristianización es grande por la pérdida de la fe y por una *decadencia u oscurecimiento del sentimiento moral...*

"La evangelización o nuevo anuncio del Evangelio comporta también el anuncio y la propuesta moral. Jesús mismo, al predicar precisamente el Reino de Dios y su amor salvífico, ha hecho una llamada a la fe y a la conversión (Mc. 1,15)... La evangelización ha de hacerse mediante la *vida de santidad,* esto es, realizarla a través del don no sólo de la palabra *anunciada* sino también de la palabra *vivida.*

"El Espíritu de Cristo, es principio y fuerza de la nueva evangelización; pues como nos recuerda Pablo VI: "No habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo".

"Al Espíritu de Jesús, acogido por el corazón humilde y dócil del creyente, se debe, por tanto, el florecer de la vida moral cristiana y el testimonio de la santidad en la gran variedad de las vocaciones, de los dones, de las responsabilidades y de las condiciones y situaciones de la vida".

"El Espíritu Santo es quien suscita a los profetas en la Iglesia, instruye a los maestros, sugiere las palabras, realiza prodigios y curaciones, produce obras admirables, inspira los consejos..."

"Toda la Iglesia está llamada a la evangelización y al testimonio de una vida de fe. Gracias a la presencia permanente en ella del Espíritu de verdad (Jn. 14,16-17), la totalidad de los fieles que tienen la unción del Santo (1 Jn. 2,20 s) no puede equivocarse en la fe" (VS, 3).

"Un gran amor al plan de la salvación de Dios en Cristo y la convinción de la necesidad de la Iglesia están en la raiz del celoso sentido de misión que debería animar a todos los católicos... Ofrecer al mundo a Cristo y su mensaje será el reto de la fidelidad cristiana" (7-10-1988).

10.- La fecundidad del apostolado

La virgen de Fátima en una de las apariciones a los tres pastorcitos, les dijo: "Orad, orad mucho y sacrificaos para salvar a los pobres pecadores... ¡Muchas almas van al infierno porque no hay quien ore y se sacrifique por ellas!".

La predicación sola no basta para salvar a las almas; es preciso que Dios colabore con su gracia haciendo que comprendan lo que se le dice y ayudándoles a tomar la resolución de cambiar su vida de pecado para asegurar su salvación.

El trabajo sin la oración no sirve de nada.

Muchos sacerdotes trabajan en sermones, en dar clases de religión y en otras obras de apostolado sin conseguir nada positivo. ¿Por qué? Porque no hacen oración.

Un sacerdote, por muy elocuente que sea, por muy bien que predique, por muy buenas conferencias que dé, si no es hombre de oración podrá gustar y ser aplaudido de momento, pero no calará en las almas y no conseguirá nada útil y provechoso.

En cambio, cuando un sacerdote es hombre de oración, en seguida se le nota, y solamente con sus miradas y sus movimientos en la iglesia, lleno de recogimiento y devoción, en seguida lo transmite a las almas y las emociona y las conmueve. Tal vez no tendrá elocuencia ni se sabrá expresar con elegancia, pero dirá las cosas de tal manera y con tal emoción que contagia a la gente y consigue muchas conversiones.

Veamos sino los ejemplos del Santo Cura de Ars, San Vicente Ferrer y San Juan de Avila, etc. que en dondequiera que predicaban conseguían grandes conversiones. Y no vale decir: "es que ellos eran santos", porque tú si haces bien la oración serás también como ellos, pues todo el que se sacrifica haciendo bien la oración, se hace santo y salva a los demás; pero quien no hace oración no puede conseguir nada, pues solamente la oración es la madre y fundamento de todas las virtudes necesarias para llegar a la santidad.

Si alguno que hace oración no se hace santo, es simplemente porque en su oración no es totalmente sincero con Dios o porque no insiste lo bastante.

Las obras de caridad con el prójimo son importantísimas, la Misa y la Comunión diaria también son muy importantes; pero, sin embargo es posible llegar a la santidad sin obras de caridad, sin Misa e incluso sin la Comunión diaria, como lo demostraron Santa María egipciaca, San Pablo ermitaño y otros que llegaron a ser santos escondidos en los desiertos sin poder ir a Misa y sin poderse ejercitar en la caridad. Pero

no ha habido ningún santo que haya llegado a la santidad sin haberse ejercitado mucho en la oración y en el trato íntimo con Dios.

Hoy la Iglesia está muy mal en España y en otros países, hay muy pocas vocaciones sacerdotales y muchos sacerdotes apostatan, se predica una religión humanista condenada por el Papa y no se le hace caso, y todo esto sucede porque se le ha quitado importancia a la oración. Se dice que las monjas de clausura son inútiles y solamente se alaba y se valora la acción de ayuda a los pobres y marginados, sin preocuparse de los pecadores, como los que regalan preservativos para que puedan pecar tranquilos sin miedo a contagiarse del sida.

Si los obispos quieren que la Iglesia se reforme, no lo conseguirán si no es por medio de la oración. En la "Antología de Textos sobre la oración", se demuestra con la doctrina unánime de todos los santos la importancia y la absoluta necesidad de la oración, tanto para la propia santificación como para impetrar la salvación de los demás. A continuación citamos textos de algunos santos que nos dicen cómo la predicación no tendrá éxito si no va acompañada de la oración.

Veamos dónde consideraban los santos que estaba el éxito del apostolado:

San Jerónimo: Aunque haya en un discurso grandes estudios y un espíritu profundo y elocuente e inteligencia de la situación, todo sería estéril y ocioso si está ausente el Espíritu Santo que da fuerza a las palabras" (Ad.Nepotianum).

San Agustín: "Si el predicador no está inflamado del amor a Dios, es dificil que inflame a los demás" (In Sal.103, Sent. 148).

"El buen predicador cuando habla de cosas justas, santas y buenas, (y no debe hablar de otras), hace cuanto puede para que se le oiga con inteligencia, con gusto y con docilidad. Pero no dude que si lo puede, y en la medida en que lo puede, más lo podrá por el fervor de sus oraciones que por la habilidad de su oratoria. Por tanto, orando por sí y por aquellos a los que les ha de hablar, sea antes varón de oración que de peroración. Cuando ya se acerca la hora de hablar, antes de soltar la lengua una palabra, eleve a Dios su alma sedienta, para derramar lo que bebió y exhalar lo que se llenó" *(Sobre la Doctrina Cristiana, 4,15-32)*.

"Cuando un orador tenga que hablar al pueblo... ore para que Dios ponga en sus labios palabras propicias. Porque si la reina Ester, que había de hablar al rey en favor de la salud temporal de su pueblo oró para que Dios diese a sus labios palabras convenientes (Est. 14,13), ¿cuánto más debe orar, a fin de que reciba tal don, el que trabaja con su

palabra y doctrina por la eterna salud de los hombres? *(Ibid, 4,30,63).*

San Gregorio Magno: "Las palabras que salen de un corazón frío, (no caldeado por la oración), no podrán inflamar en deseos celestiales a los que las oyen" (Cit. por S. Ligorio).

San Ildefonso: "El maestro debe apoyar el fruto de la predicación, no en sus palabras, sino en la intensidad de la oración.

Cuando un pagano o ateo se resiste a creer en Dios, el predicador ha de confiar más en la bondad de Dios misericordioso *que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad* (1 Tm. 2,4), ante quien debe insistir con la oración, y después hacer lo posible para que el ateo escuche inteligentemente con buena disposición y sumisión.

En cuanto esté de su parte debe insistir más con piadosas oraciones que con las dotes de orador, de modo que orando por sí mismo y por aquellos a los que va a hablar, antes ha de ser más amigo de orar que maestro, y tanto en las conversaciones privadas como en las asambleas de la Iglesia, ha de insistir más en alimentar su alma sedienta con la oración, antes de que hable la lengua, para que eructe lo que hubiere bebido o derrame lo que le sació" (BAC Obras, p.320, 368-369).

San Basilio: "No debemos esperar el éxito de nuestra predicación del trabajo, o de la fuerza de la elocuencia, sino de la pura gracia de Dios" (Sentencias Espirituales, 49).

Santo Tomás: "Entonces sí que producirán abundantísimos frutos de vida y serán verdaderamente "luz del mundo", y "sal de la tierra", cuando de tal modo estén enriquecidos de bienes del cielo, que puedan dar de ellos sin perder nada" (2, 2 q. 188 a 6).

San Francisco de Asís: "El predicador debe primero sacar de la oración hecha en secreto, lo que vaya a difundir después por los discursos sagrados. Debe antes enardecerse interiormente, no sea que transmita palabra que no lleven vidà" (Cel. Vid. 2ª c.125).

"Hay muchos frailes que ponen su empeño y solicitud en adquirir una vana ciencia... los cuales cuando al predicar observan que algunos quedan edificados, se ensoberbecen por tales frutos. Sin embargo, los que ellos piensan que se convierten por su predicación, los ha convertido el Señor por las oraciones y gemidos de los religiosos virtuosos, humildes y sencillos, aun cuando estos santos religiosos lo ignoren. Eston son mis

frailes benditos, caballeros de la Tabla Redonda, que gustan dedicarse con ahinco a la oración, llorando sus pecados y los del prójimo, cuya perfección es solamente conocida por Dios" (S. Buenaventura. Esp. de Perf. c.72).

San Buenaventura: "Los secretos del apostolado fecundo se encuentran al pie del crucifijo, mejor que en el despliegue de las cualidades brillantes" (Ibid).

San Ignacio: "Procurad, mediante la oración, trabajar con gran fervor en el apostolado, considerando que vale más un acto intenso que mil remisos, y lo que alcanza un flojo en muchos años, un diligente suele alcanzar en breve tiempo... (Cartas 35).

"La predicación es una de las maneras de ayudar mejor al prójimo" (Carta 66).

San Juan de la Cruz: "Por más santa y elevada que sea la doctrina del que predica, de suyo no hará ordinariamente más provecho que tubiere el espíritu del que la enseña...".

"Lo más admirable y divino es ser cooperador con Dios en la conversión y salvación de las almas, porque siendo aquí donde más resplandecen las obras de Dios, es de grandísima gloria imitarle. Y es verdad evidente que la compasión por los prójimos tanto más crece cuanto el alma más se junta con Dios por amor; porque cuanto más ama, tanto más desea que ese mismo Dios sea de todos amado y honrado. Y cuanto más lo desea, tanto más trabaja por ello, así en la oración como en todos los otros ejercicios necesarios y posibles. Y es tanto el fervor y fuerza de su caridad, que los tales poseidos de Dios no se pueden estrechar ni contentar con su propia y sola ganancia; antes, pareciéndoles poco el ir ellos solos al cielo, procuran con ansias y celestiales afectos y diligencias exquisitas, llevar muchos consigo al cielo. Lo cual nace del grande amor que tienen a su Dios, y es este efecto y fruto propio de la perfecta oración y contemplación" *(Dictamen 10).*

"El predicador para aprovechar al pueblo y no embarazarse a sí mismo con vano gozo y presunción, conviene advertir que aquel ejercicio es más espiritual que vocal, porque aunque se ejercita con palabras de fuera, su fuerza y eficacia no la tiene sino en el espíritu interior; de donde se sigue que, por más alta que sea la doctrina que predica y por más esmerada la retórica y subido el estilo con que va vestida, no hará de suyo ordinariamente más provecho que tuviere de espíritu" *(Sub. M. Carm. 45,2).*

"Cuanto el predicador es de mejor vida, mayor es el fruto que hace, por bajo que sea su estilo y poca su retórica y su doctrina común, porque del espíritu vivo se pega el calor; pero si no hay tal, muy poco provecho hará, aunque más subido sea su estilo y doctrina" *(Ibid, 4).*

"Adviertan aquí los que son muy activos, que piensan abrasar el mundo con sus predicaciones, que mucho más provecho traerían a la Iglesia y mucho más agradarían a Dios, si gastasen siquiera la mitad de ese tiempo en estarse con Dios en la oración... Cierto, entonces harían más y con menos trabajo con una obra que con mil, mereciéndolo su oración y habiendo cobrado fuerzas espirituales en ella" *(Cant. 29,3).*

San Vicente de Paul: "Lo de mayor importancia es la oración; suprimirla no es ganar tiempo, sino perderlo. Dadme un hombre de oración y será capaz de todo" *(Ant. p.258).*

San Juan Bautista de la Salle: "Tened por seguro que cuanto más os apliqueis a orar, tanto mejor desempeñareios vuestro oficio; pues no pudiendo por vosotros producir bien alguno en orden a la salvación de las almas, teneis que dirigiros a Dios con frecuencia, para obtener de Él lo que vuestro oficio os obliga comunicar a los demás" *(Med. Dom. y fiest.).*

San Pedro Julian Eymard: "Orando convertían los santos paises enteros. ¿Acaso oraban más que ningún otro del mundo? No siempre; pero oraban mejor, con todas sus facultades. Sí, el poder de los santos estaba en su oración" *(Antología pág. 411).*

San Pío X: "Para restaurar las cosas en Cristo por medio del apostolado, es necesaria la gracia de Dios, y el apóstol no la recibe si no está unido a Cristo por medio de la oración... Cuantos participan del apostolado están obligados a ser hombres de oración". *(P. Anselmo del Alamo. Fuente de Vida).*

San Vicente Ferrer: "Si Queréis ser útiles a las almas, comenzad por pedir a Dios de corazón que derrame sobre vosotros, la caridad, que es el compendio de todas las virtudes, a fin de que con ellas alcanceis el fin que os habeis propuesto". *(Ibid).*

Venerable Luis Lallemant: "Es cierto que un hombre de oración, hace mucho más bien en un año que otros en toda su vida" *(Doc. Spirit).*

Santa Teresita: "La oración y el sacrificio constituyen todas mis fuerzas; son mis armas invencibles; conmueven los corazones mucho más que las palabras; lo sé por experiencia" (Cartas).

Benedicto XV: "El predicador necesita, sobre todo, espíritu de oración; porque la salud de las almas no se halla hablando con facundía, ni desertando con agudeza o operando con vehemencia; el predicador que no tiene más que eso, es como metal que suena o campana que retiñe. Lo que hace que la palabra humana tenga poder y sirva maravillosamente para la salud, es la divina gracia: es Dios quien da el crecimiento" *(Humani generis)*.

"El que poco o nada es dado a la oración, en vano se consume en sus trabajos de la predicación, pues delante de Dios no alcanza provecho ni para sí, ni para los demás" *(Ibid)*.

San Vicente Palloti: "Según la doctrina del Evangelio, por la oración es por la que los operarios de la viña del Señor obtienen mayores frutos; y, más que el talento y la habilidad del predicador, la oración es la que hace fecunda la predicación evangélica, cuyo fruto depende del incremento que Dios da con su gracia... Sin embargo, siendo el medio de la oración tan poderoso para asegurar el suceso de la obra apostólica, es al mismo tiempo fácil y universal, y la divina misericordia no excluye a nadie, sino que a todos se nos manda orar, y nadie está excluído de este apostolado" *(Est. del A.C. 3)*.

"Dios quiere la salvación de las almas; para redimirlas el Hijo de Dios ha sido obediente hasta la muerte de cruz. Por tanto, Dios no falta en conceder las cosas necesarias si se piden. Por consiguiente, oremos; no cesemos en orar con humildad, confianza y perseverancia... El Hombre-Dios no engaña; por consiguiente si nos manda orar al Padre celeste, que es el dueño de la mies, para que envíe obreros a su mies, es de fe que nos quiere atender" *(Ibid)*.

San Antonio Mª Claret: "Estimulado a trabajar por la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas, diré de qué medios me valí para conseguir este fin, según el Señor me dio a entender como más propios y adecuados.

El primer medio de que me he valido siempre y me valgo, es la oración. Este es el medio máximo que he considerado se debía usar para obtener la conversión de los pecadores...Y no sólo oraba yo, sino que además pedía a otros que orasen, como Monjas, Hermanas de la Caridad, Terciarias y a todas las gentes virtuosas y celosas. A este fin

les pedía que oyesen la Santa Misa y que recibiesen la sagrada Comunión...

"En tiempo que predicaba en Granada el P. Avila, predicaba en la misma ciudad también otro predicador, el más famoso de aquel tiempo, y, cuando salían del sermón de éste los oyentes, todos se habían cruces de espantados de tantas y tan lindas cosas, tan linda y agradablemente dichas y tan provechosas. Mas cuando salían de oir al P. Avila, iban todos callados, con las cabezas bajas, compungidos y sin decir palabra de la excelencia del predicador" (Autobiografía c.XII).

Concilio Vaticano II: "Siendo Cristo, enviado por el Padre, fuente y origen de todo apostolado de la Iglesia, es evidente que la fecundidad del apostolado de los seglares depende de su unión vital con Cristo, porque dice el Señor: *"El que permanece en mí y Yo en él, ese da mucho fruto, porque sin Mí, nada podeis hacer"* (Jn. 15,5 - AA 4-1).

Pablo VI: No habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo... El es quien actúa en cada evangelizador que se deja conducir y poseer por Él... Las técnicas de evangelización son buenas, pero ni las más perfeccionadas podrían reemplazar la acción discreta del Espíritu... Sin Él, los esquemas más elaborados sobre bases sociológicas o psicológicas se revelan pronto desprovistas de todo valor"(EN 75).

Juan XXIII: "Con cinco panes y dos peces sació Jesús a la multitud de hambrientos. También sabrá servirse de vuestro apostolado, aunque sea pequeño, para obrar maravillas" (29-9-60).

"Si estamos íntimamente unidos con Dios y le buscamos a Él solo en todas las cosas, brota necesariamente la llama de la caridad apostólica" (16-8-62).

"Nosotros no somos responsables del resultado. El único consuelo suficiente para nuestra tranquilidad interior es saber que Jesús está mucho más interesado que nosotros por la salvación de las almas. El las quiere salvar mediante nuestra cooperación, pero lo que en el fondo las salva es su gracia, y esta no faltará en el momento oportuno" (19.11.40).

Siempre es posible realizar el apostolado de la oración, accesible a todos e insustituible en la economía de la gracia" (6-6-61).

"Nuestro apostolado será fecundo en la medida en que sepamos convertidnos con lagracia de Dios en instrumentos dóciles que no buscan palabras de alabanza humana, sino que excavan en las profundidades un camino por donde pueda pasar el Señor" (6-6-61).

Juan Pablo II: "No existe, no puede existir apostolado alguno, tanto para los sacerdotes como para los seglares, sin la vida interior, sin la oración, sin una perseverante aspiración a la santidad" (Discurso en Toledo).

"Para ser apóstol, para ser testigo de Cristo, es necesario una íntima comunión de vida con Él. Sólo quien participa de su vida puede comunicar aquello que tiene. Por esto, los fieles cristianos deberán permanecer en actitud de constante conversión, de mejora de vida, para así alcanzar una "madurez de fe y de vida cristiana", que los configure como verdaderos apóstoles del Redentor. Los evangelizadores que necesita hoy la Iglesia son "los santos": Se necesitan heraldos del Evangelio expertos en humanidad, que conozcan a fondo el corazón del hombre de hoy, partícipes de sus gozos y esperanzas, angustias y tristezas, y al mismo tiempo sean contemplativos enamorados de Dios. Para esto se necesitan nuevos santos. Los grandes evangelizadores de Europa han sido los santos. Debemos suplicar al Señor que aumente el espíritu de santidad de la Iglesia y nos mande nuevos santos para evangelizar al mundo de hoy" (Discurso 11-10-1985).

"Me apresuro a decir que el testimonio de una vida cristiana por medio del ejemplo no es suficiente en sí mismo. Debe ser precedido y acompañado por la proclamación de la Buena Nueva de la salvación de Cristo, que constituye el núcleo de la acción evangelizadora de la Iglesia. Estos dos elementos esenciales han de ir apoyados por la oración y el sacrificio" (Discurso 20-12-1987).

11.- Los pecados de los demás

Dios en el día del juicio no solamente nos pedirá cuenta de nuestros pecados, sino también de aquellos pecados de otras personas, que nosotros pudiéramos haber impedido que se cometieran.

Por ejemplo: si un partido político está en el gobierno y es causa de que se cometan muchos pecados porque dicta leyes contrarias a los Mandamientos de Dios, estamos obligados a votar y a aconsejar a otros a que voten a otro partido que tenga posibilidades de gobernar y sea menos malo que el otro. El que no lo haga así, en cierta manera se hace responsable de todos aquellos pecados que sabe que el otro partido hubiera evitado.

Todas las personas estamos obligados a hacer lo que buenamente podamos por corregir y salvar a los demás, aunque nos cueste trabajo, siempre que podamos estimar que nuestra intervención podrá ser eficaz.

Y esta obligación puede ser grave si se trata de corregir a nuestros subordinados.

Todo esto nos lo explica claramente el siguiente texto de Ezequiel:

"Hijo de hombre: Yo te he puesto por centinela en la casa de Israel, y de mi boca oirás mis palabras y se las anunciarás a ellos de mi parte.

Si diciendo Yo al impío: "Morirás sin remedio". Si tú no le intimas ni le hablas a fin de que se retraiga de su impío proceder y viva: aquel impío morirá en su pecado, pero Yo te pediré a tí cuenta de su sangre. Pero si tú hubieses apercibido al impío, y él no se ha convertido de su impiedad, ni de su impío proceder: él ciertamente morirá en su maldad, pero tú habrás salvado tu alma.

De la misma manera, si el justo abandonase la virtud e hiciese obras malas, y Yo le pusiese delante tropiezos; si él sucumbiere porque tú no le has amonestado; morirá en su pecado sin que se tengan en cuenta ninguna de cuantas obras justas hizo; pero Yo te pediré a tí cuenta de su sangre por no haberle amonestado, Mas si hubieses amonestado al justo para que no peque, y él no pecare, en verdad que tendrá verdadera vida, porque le apercibiste, y tú habrás librado tu alma" (Ez. 3,16-21).

El dicho de San Agustín, de que, quien salva un alma, predestina la suya, se sobreentiende de este texto de Ezequiel y de este otro del apostol Santiago:

Hermanos míos: Si alguno de vosotros se desviare de la verdad y otro lo redujere a ella, debe saber que quien hace que se convierta el pecador de su extravío, salvará su alma de la muerte y quedarán cubiertos la muchedumbre de sus pecados (Sant. 5,20).

Todos tenemos obligación de trabajar por la salvación de las almas. pero, principalmente los sacerdotes, como aseguran los santos:

San Próspero: "Al sacerdote no le bastará con vivir santamente, porque se condenará con quienes se condenen por culpa suya" (De vita cont, 1.1.c.20).

San Crisóstomo: "Los sacerdotes no se condenan solamente por sus propios pecados, sino por lo que no evitaron cometer a los demás" (Hm. 3 in Act.).

"Yo no puedo llegar a comprender que pueda tener salvación el sacerdote que no se preocupa de la salvación de los demás" (De Sacerd. L.6).

Santo Tomás de Aquino: "El sacerdote que por negligencia no presta auxilio a las almas, se hace reo ante Dios de todas las que por culpa

de él se perdieron" (De Oficio sac.opusc.65).
"Si el sacerdote se contentara con sólo salvar su alma y descuida las de los demás, será lanzado con los impíos a los infiernos" (S. Ligorio, Selva 1ª c.9).

San Gregorio: "Los sacerdotes ociosos serán reos ante Dios de todas las almas que se perdieron por su negligencia" (Past. p.1.c.5.).

12.- El mayor mal del mundo

El mayor mal del mundo no es el terrorismo, ni la pobreza, aunque se mueran naciones enteras de hambre. Tampoco es el paro, ni las enfermedades como el sida, el cáncer ni todas las enfermedades juntas. Ninguna de estas desgracias es un verdadero mal para los que las sufren, sino únicamente para quienes pudieran evitarlas, si no lo hacen. Por eso dice San Basilio: "Sabed que sólo el pecado es el verdadero mal y la causa de nuestra perdición, y que las calamidades del mundo que afligen nuestros sentidos, solamente son un mal aparente, porque son un mal que tiene en sí la virtud y el efecto del verdadero bien, pues son la causa de la salud eterna de nuestras almas" (Sent.Esp. 17).

El único verdadero mal es el pecado, y el mayor de los pecados es el escándalo, porque puede implicar en sí muchos pecados, pues, como dice San Crisóstomo: "Si fueras la causa de que otros pequen, padecerás mucho más que ellos; porque si es muy malo pecar, mucho peor es todavía inducir a otros a que pequen" (In. Rm. 15,4).

La televisión hoy en España, es el mayor mal de los males, porque con sus campañas nefastas de pornografía y propaganda atea y antievangélica, corrompe las almas y está causando mayores estragos que todos los otros males del mundo. Pues si como nos aseguran los más grandes doctores de la Iglesia: San Agustín y Santo Tomás de Aquino: "vale mucho más y es más importante la salvación de una sola alma, que la salvación corporal de todos los hombres del mundo, e incluso que el mismo mundo y todo el universo", ¿qué desgracia será la perdición de tantísimas almas como se están perdiendo por la deplorable propaganda de la televisión?.

Claro, los males de las almas no se ven, y no nos conmueven porque no los sabemos apreciar. Pero si se pudieran ver como se ven las cosas corporales, veríamos el mundo lleno de cadáveres ambulantes, horribles y espantosos, mucho más que los montones de muertos que asesinaron los nazis, pululando por las plazas y calles de nuestras ciudades.

La Sagrada Escritura dice que las almas en pecado son almas muertas (Ap. 3.1), porque le falta la vida de la gracia; pero sin embargo, más que muertas, son moribundas, asquerosas, repugnantes y mal olientes, que, si no resucitan a la gracia antes de que mueran sus cuerpos, pasarán a la eternidad donde estarán siempre muriendo sin poder terminar de morir, *porque la muerte huirá de ellos* (Ap. 9,6).

El pecado de escándalo es el mayor de los pecados que se pueden cometer contra la caridad; pues así como hemos dicho que el apostolado es la obra de caridad más importante que se puede hacer, y la más agradable a Dios, porque es una colaboración con Él en la salvación de las almas, de igual modo, el escándalo es el pecado mayor, y se llama pecado diabólico, porque es una colaboración con el demonio en la perdición de las almas.

Textos de la Sagrada Escritura que corroboran la gravedad del escándalo:

"Es inevitable que haya escándalos, pero ¡ay de aquel por quien venga el escándalo! Más le valdría que le atasen al cuello una piedra de molino y lo arrojasen al mar, antes que escandalice a uno de estos pequeños" (Lc. 17. 17,1-2; Mt. 18,6).

"¡Ay del mundo por los escándalos! Porque forzoso es que vengan escándalos, pero ¡ay del hombre por quien el escándalo viene! Si tu mano o tu pié te hace tropezar, córtalo y arrójalo lejos de tí; porque más te vale entrar en la vida manco o cojo, que ser con tus dos manos o tus dos pies echado en el fuego eterno. Y si tu ojo te hace tropezar, sácalo y arrójalo lejos de tí; porque más te vale entrar en la vida con un solo ojo, que ser con tus dos ojos, arrojado en la gehenna del fuego" (Mt. 18,7-9).

"¿Acaso no sabeis que un poco de levadura corrompe toda la masa? Alejad de vosotros la vieja levadura para que seais una masa nueva... (1 Cor. 5,6-7).

"El que seduce a los justos, guiándolos por mal camino, caerá en el mismo precipicio, y los inocentes poseerán sus bienes" (Prov. 28,10).

"Los pies de los escandalosos, corren tras el mal y se dan prisa a derramar sangre inocente. Sus pensamientos son pensamientos de iniquidad,y a su paso dejan el estrago y la ruina (Is.59,7).

Jesucristo para salvarnos descendió del cielo tomando nuestra naturaleza, y sufrió horribles tormentos colgado de la cruz, y según ha revelado a algunos santos, estaría dispuesto a volver a sufrirlo otra vez todo de nuevo por la salvación de cada una de las almas. No obstante, el escandaloso se interpone entre las almas y Jesucristo para impedir que se salven, y, en cuanto está de su parte, trata de hacer que las almas se

condenen haciendo inútiles todos los sufrimientos de Jesucristo. ¿Puede haber cosa más desagradable para Dios y más terrible para las propias almas? ¿Puede haber crimen más horrendo que el del escandaloso que hace inútiles todos los sufrimientos de Cristo para salvar a las almas?

Veamos lo que decían algunos santos:

San Bernardo: "Habiendo dado Jesucristo su propia sangre por la salvación de las almas, ¿no os parece evidente que sufre mucho más que de los judíos que le crucificaron, de aquel que por una sugestión maligna, por un ejemplo dañoso, por el escándalo que da, extravía las almas redimidas? Es el escándalo un sacrilegio horrible, mucho más inicuo que el crimen de los que le crucificaron poniendo sus sacrílegas manos sobre el Señor de la majestad" (Ser. de Coners.).

San Juan Crisóstomo: "¿Cómo soportaremos lo que nos espera en la otra vida cuando se nos pida cuenta de cada una de las almas que se nos encomendaron? Porque si al que escandaliza a uno sólo, al más pequeño, le valiera más que le colgaran al cuello una piedra de molino y lo hundieran en el mar (Mt. 18,6); si todos los que hieren la conciencia de sus hermanos, pecan contra el mismo Cristo (1 Cor. 8,12), ¿qué castigo habrán de sufrir, qué pena merecerán los que son causa de la perdición no de uno sólo, no de dos ni de tres, sino de muchedumbres enteras?" (Sob. Sacerdocio 1.6).

Y continúa: "La pérdida de una sola alma es una desgracia tan enorme que no hay discurso que pueda explicarlo. Si su salvación es de tal precio que por ella el Hijo de Dios se hizo hombre y padeció grandes sufrimientos en este mundo, piensa cuán grave castigo acarreará su pérdida. Si en este mundo quien causa la muerte de otro, es reo de muerte, mucho más la merece aquel por quien un alma se condene" (Hom. Hech.c.1.).

San Agustín: "El escandaloso hace que Jesucristo pierda las almas que redimió con su sangre; por lo cual, mayor persecución sufre Cristo de parte de los escandalosos que de los mismos que le crucificaron" (In Conver. S. Paulino Sm.1).

Y añade: "Si en el día del juicio apenas podremos rendir cuenta de los propios pecados, ¿qué será de los escandalosos que tendrán que responder también por los pecados de los demás que cometieron por su culpa?" (Sm.287).

San Vicente de Paul: "Los escandalosos hacen el oficio del demo-

nio, que tienta a las almas para perderlas, por eso este pecado se llama "diabólico" (Conf. 64).

Y continúa: "No solamente tenemos que evitar nuestros escándalos, sino que también estamos obligados a hacer lo que podamos para evitar los escándalos de los demás, pues, el que puede evitar un mal y no lo hace, es tan culpable como si él mismo lo hiciera" (Conf.63).

13.- El arma más poderosa

Las armas más poderosas para conquistar en mundo, no son los grandes ejércitos bien equipados, ni la moderna aviación, ni la poderosa marina, ni siquiera las bombas atómicas, ni los cohetes teledirigidos. Toda esa manifestación de fuerza y poder, puede asustarnos pero no convencernos. Hoy día se ha demostrado que es más fácil dominar al mundo con ideas y razonamientos que con las armas, y así se ha impuesto la democracia, cuyo poder está en el pueblo que elige a sus gobernantes entre los que le hagan una mejor oferta de bienestar.

Por eso los políticos de hoy tienen tanto interés en tener de su parte los principales medios de comunicación social, y colocan en ellos a sus amigos, siendo desde estos medios desde donde verdaderamente conquistan la simpatía del país.

De esta manera, desde la televisión los ateos han engañado y destrozado la nación *profiriendo palabras arrogantes de vanidad, seduciendo con los apetitos de la carne, con desenfrenos, prometiendo libertad cuando ellos mismos son esclavos de la corrupción... (2 Ped. 2,18-19).*

La descristianización de España

Todos los que somos cristianos católicos convencidos y practicantes, que no solamente confesamos la fe de la Iglesia, sino que además la vivimos de verdad y nos comunicamos con Dios a través de la oración, estamos de acuerdo en manifestar que España se está descristianizando y paganizando, como ha dicho el Papa,y todos sabemos que es urgente hacer algo para impedir el extravío de tantas almas, y que ese algo que hay que hacer, además de mucha oración, que es lo primero y principal, pasa porque hay que hacer un intenso apostolado, mayor que el que se ha hecho nunca, para una nueva evangelización de España. También creo que estamos todos de acuerdo en que este gravísimo mal de nuestro tiempo, nos ha venido por la televisión, por ser un medio poderosísimo que tienen los seguidores del diablo para escandalizar y propagar sus errores, la cual llega a todas partes, mientras que la buena doctrina

y la palabra de Dios no sale de nuestros templos.

Esto nos ha cogido desprevenidos, pues la televisión se desarrolló en tiempos de Franco, cuando había censura y estaba controlada por el gobierno de Franco; pero en cuanto éste murió y nos llegó la democracia con sus libertades, y sobre todo, con la libertad de expresión, de sopetón nos llegó el escándalo y aun no hemos sabido reaccionar.

La televisión es un medio tan poderoso, que nos va a ser muy dificil contrarestar sus estragos si no evangelizamos desde la misma televisión, lo cual no será imposible si se lo pedimos de veras a Dios y hacemos todo cuanto esté de nuestra parte. Y ahora con el P.P. en el poder, si intentara privatizar alguna cadena, habría que estar alerta para ver si fuera posible que quedara en manos de personas creyentes o algun grupo de buenos católicos con los que tomaríamos parte.

A los católicos no nos será fácil llegar a la televisión, porque así como es muy poderosa, es al mismo tiempo un medio muy caro, y es muy cara precisamente por su eficacia y porque son muchos y muy ricos los que tienen interés por ella.

Para hacernos una idea de lo que cuesta la televisión, solamente hay que ver lo que cobran por los anuncios. Un sólo anuncio de 20 segundos, vale entre tres o cuatro millones de pesetas, dependiendo de la hora y del programa en que esté insertado el anuncio. Pues si un sólo anuncio de 20 segundos vale cuatro millones de pesetas, quiere esto decir que, si en un intermedio de un programa ponen quince anuncios de 20 segundos, resulta que en cinco minutos cobran sesenta millones de pesetas.

Esto parece una exageración y una verdadera barbaridad, y sin embargo, es un precio justo, pues quienen pagan estos precios son los grandes empresarios de las multinacionales que son los que más saben de negocios. Y pues si ellos que tanto saben de negocios pagan esos precios, quiere esto decir que lo que pagan es justo y razonable, porque les compensa enormemente en las ventas. ¡Esto es lo que más claramente demuestra lo enormemente poderosa que es la televisión!

Sería estupendo que la Iglesia o un grupo de buenos católicos pudiéramos tener un canal de televisión, donde se pudieran poner programas de todo tipo, pero regidos con cierta censura que no permitiera nada inconveniente desde el punto de vista de nuestra fe.

Y en lo referente a los programas religiosos, podrían darse conferencias, charlas de ejercicios espirituales, y sermones sobre las verdades eternas, al estilo de las famosas misiones populares.

Para todos estos ejercicios habría que elegir muy bien a los conferenciantes y predicadores, procurando que fueran hombres de una gran

vida interior y muy sencillos y claros en sus palabras. El P. Jorge Loring, S.J. y el P. Antonio Royo Marín, O.P. son dos famosos predicadores y de mucha experiencia.

Decía Pío XI: "Actualmente no hay nada en el mundo que ejerza una influencia tan grande sobre las multitudes como el cine... A todos es manifiesta la gran influencia de las malas películas sobre los espectadores; en la misma medida que ensalzan las pasiones y la liviandad, incitan al pecado, desvían a la juventud del recto sendero, deforman el sentido de la vida, alteran y debilitan los mejores propósitos de perfección, son la muerte del amor casto, de la santidad del matrimonio, del órden de la intimidad en la vida familiar. Sirven, además, para inculcar toda suerte de prejuicios y errores, tanto a individuos como a clases sociales..." (Vigil.cura, 9-10).

Si estas cosas decía el papa Pío XI cuando todavía no había televisión y para ver las películas era necesario desplazarse a las salas donde se proyectaban, ¿qué hubiera dicho si hubiera vivido en nuestros tiempos cuando esas películas tan escandalosas se nos meten en nuestros propios domicilios a través de la televisión?.

Pío XII que ya llegó a conocer la incipiente televisión, decía: "Estos medios potentísimos de divulgación que, pueden servir, si van regidos por sanos principios, de gran utilidad para la instrucción y educación, se subordinan, desgraciadamente, muchas veces al incentivo de las malas pasiones y a la avidez de la ganancia... ¡Cuántos extravíos juveniles a causa de los espectáculos de hoy día! " (Enc. 859-860).

Pero en tiempos de Pío XII en España no teníamos más que un canal en blanco y negro, regido por una severa censura. ¿Qué hubiera dicho si hubiera vivido en nuestros tiempos y hubiera conocido la televisión de hoy?

Pablo VI en la Exhortación Apóstolica E.N. en 1974 escribía:

"Conocemos también las ideas de numerosos psicólogos y sociólogos, que afirman que el hombre moderno ha rebasado la civilización de la palabra, ineficaz e inútil en estos tiempos, para vivir hoy en la civilización de la imagen. Estos hechos deberían ciertamente impulsarnos a utilizar, en la transmisión del mensaje evangélico, los medios modernos puestos a disposición por esta civilización" (EN 42).

"En nuestro siglo, influenciado por los medios de comunicación social, el primer anuncio, la catequesis o el ulterior ahondamiento de la fe no pueden prescindir de esos medios (de comunicación social), como

hemos dicho antes.

Puestos al servicio del Evangelio, ellos ofrecen la posibilidad de extender casi sin límites el campo de la audición de la palabra de Dios, haciendo llegar la buena nueva a millones de personas. La Iglesia se sentiría culpable ante Dios si no empleara esos poderosos medios, que la inteligencia humana perfecciona nada vez más. Con ellos la Iglesia "pregona sobre los terrados" el mensaje del que es depositaria. En ellos encuentra una versión moderna y eficaz del "púlpito". Gracias a ellos puede hablar a las masas.

Sin embargo, el empleo de los medios de comunicación social en la evangelización supone casi un desafío: el mensaje evangélico deberá, sí, llegar a través de ellos a las muchedumbres, pero con capacidad para penetrar en las conciencias, para posarse en el corazón de cada hombre en particular, con todo lo que este tiene de singular y personal, y con capacidad para suscitar en favor suyo una adhesión y un compromiso verdaderamente personales" (EN 45).

A mí me llama la atención principalmente aquellas sentidas palabras del Papa; *"La Iglesia se sentiría culpable ante Dios si no empleara estos poderosos medios, que la inteligencia humana perfecciona nada vez más"*.

Este es uno de los grandes retos del concilio que nos ofrece el famoso *"Decreto sobre los medios de comunicación social"*, en cuya introducción insiste el Papa:

"Entre los maravillosos inventos de la técnica que... miran sobre todo al espíritu del hombre, abriendo nuevos caminos para comunicar facilísimamente noticias, entre los que sobresalen aquellos que, por su naturaleza, no sólo pueden llegar a cada uno de los hombres, sino a las multitudes y a toda la sociedad humana, como la prensa, el cine, la radio, la TV, y otros que, por ello mismo, pueden llamarse con toda razón "medios de comunicación social".

"La Madre Iglesia reconoce que estos instrumentos, rectamente utilizados, prestan ayuda valiosa al género humano, puesto que contribuyen eficazmente a defender y cultivar los espíritus y a propagar y afirmar el Reino de Dios; sabe también que los hombres pueden utilizar tales medios contra los designios del Creador y convertirlos en instrumentos de su propia perdición. Más aun, siente una maternal angustia por los daños que de su mal uso se han infringido con demasiada frecuencia a la sociedad humana. (MCS 1,2).

En este documento el papa y el concilio recomiendan con insistencia que se utilicen los más poderosos medios de comunicación social para el apostolado, y amonesta sobre la obligación apremiante de que todos los

católicos estamos obligados a contribuir con nuestros medios para que ésto sea posible (MCS 17).

Juan Pablo II, escribió también sobre este problema:

"El mundo de la comunicación está unificando a la humanidad y transformándola... Los medios de comunicación social han alcanzado tal importancia que para muchos son el principal instrumento informativo y formativo, de orientación e inspiración para los comportamientos indiviuales, familiares y sociales. Las nuevas generaciones, sobre todo, crecen en un mundo condicionado por estos medios.

"Quizás hemos descuidado un poco este medio: generalmente se privilegian otros instrumentos para el anuncio evangélico y para la formación cristiana, mientras los medios de comunicación social se dejan a la iniciativa de individuos y de pequeños grupos, y entran en la programación pastoral sólo a nivel secundario.

"Sin embargo, el trabajo en estos medios no tiene solamente el objetivo de multiplicar el anuncio. Se trata de un hecho más profundo, porque la evangelización misma de la cultura moderna depende en gran parte de su influjo. No basta, pues, usarlos para difundir el mensaje cristiano y el Magisterio de la Iglesia, sino que conviene integrar el mensaje mismo en esta "nueva cultura" creada por la comunicación moderna.

"Es un problema complejo, ya que esta cultura nace, aun antes que de los contenidos, del hecho mismo de que existen nuevos modos de comunicar con nuevos lenguajes, nuevas técnicas, nuevos comportamientos psicológicos. Mi predecesor Pablo VI decía que "la ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo"; y el campo de la comunicación actual confirma plenamente este juicio". (RM 37).

"Ciertos aspectos decepcionantes del uso de los *mass media* modernos no deben llevarnos a olvidar que (si se usan para el apostolado) con sus contenidos pueden llegar a ser maravillosos instrumentos de difusión del Evangelio, adaptados a los tiempos y capaces de alcanzar los extremos más recónditos de la tierra" (Mensaje 24-5-1984).

"Animamos a los fieles a usar los medios de comunicación social diligente, no sólo evitando publicaciones, películas y programas que puedan dañar la integridad moral de la persona, sino también aprovechándose de los medios de comunicación así como se aprovecha de buenos libros para un crecimiento moral e intelectual, para un mayor aprecio de las cosas buenas que Dios ha hecho por nosotros y para una comprensión más profunda de la dignidad del ser humano" (Discurso 24-2-1989).

14.- Las matemáticas no engañan

Cuando anteriormente hemos dicho que el mayor mal de este mundo no es el terrorismo, ni las guerras, ni el hambre, ni la pobreza, ni todas las enfermedades juntas, hemos querido decir, que en todos estos males, si de ellos separamos el pecado, todo ello no es nada, porque solamente el pecado es el único y verdadero mal.

Por tanto, es malo el terrorismo, únicamente para quienes lo hacen, pero no para quienes lo padecen. Es mala la guerra, para quienes la hacen, pero no para quienes la padecen. Es malo el hambre, para quienes pueden darles de comer y no lo hacen, pero no para los que la sufren. Y así todos los demás males de este mundo, son males para quienes los provocan, pero no para los que los padecen. Y en cuanto a las enfermedades, epidemias y catástrofes naturales, como los terremotos, las inundaciones, etc. que ordinariamente suceden sin culpa de nadie, no tienen nada de males por no haber en ellas ningún pecado de nadie.

La razón de que ningún mal es malo si no lleva incluído el pecado, es porque con los sufrimientos de esta vida, sufridos por amor de Dios, nos merecemos el cielo, que es un bien, en cuya comparación ningún mal puede llamarse mal. Pues como dice San Pablo: *"En verdad, yo estoy persuadido de que los trabajos de esta vida no son de comparar con aquella gloria venidera que para siempre se ha de manifestar en nosotros" (Rm. 8,18).*

Por eso decía San Basilio: "El único mal verdadero es el pecado, cuyo fin es la perdición, y los males y calamidades de esta vida, solamente son males aparentes, y su fruto es la salvación de las almas" (Los Santos Padres, 3. pag. 398).

Y para que comprendamos que todos los males de esta vida no son nada en comparación con el mal que causa el pecado mortal, vamos a echar mano de las matemáticas, que son una ciencia exacta, y con ellas podremos comprender la verdad.

Los padecimientos de esta vida, por muchos que se junten, y por muchos que se sumen, son finitos, y al fin, se acabarán; en cambio la pena que merece quien comete un pecado mortal, es infinita, como la eternidad, que nunca acaba.

Yo ahora no puedo saber cuántas personas han nacido en este mundo, ni cuantas van a nacer hasta que el mundo termine; pero cuando me muera y esté en el cielo, lo sabré, y sabré también cuántos días y cuántas horas son los que cada persona estuvo viva en este mundo. Entonces podré hacer una cuenta y en ella sumar todos los días y todos los minutos de todas las personas que habrán pasado por este mundo. Y ¿acaso

pensais que esta suma va a ser una cantidad infinita? No, porque bien sabeis que la suma de muchas cantidades finitas, nunca puede dar una cantidad infinita.

Tal vez la cantidad de años que habremos vivido entre todas las personas que hayamos pasado por este mundo hasta el día del juicio, puedan ser tantos como las gotas de agua que hay en los mares y las arenas de todas las playas y riberas del mundo. Pero todo esto es limitado, y de lo limitado a lo infinito, no hay proporción, siempre lo infinito sigue siendo infinitamente mayor.

Pues aquí queda demostrado cómo los males de este mundo, no son males, porque son limitados y nos merecen una gloria infinita. En cambio, el mal del mecado mortal, sí es un verdadero mal, porque merece un infierno que es eterno y no tiene fin.

Supongamos que un ángel se aparece a un santo y le dice: "Vengo de parte de Dios a decirte que todas tus oraciones han sido oídas y Dios te va a conceder todo lo que has pedido, menos una sola cosa que tu mismo podrás señalar:

En primer lugar se te va a conceder un remedio para que nunca más vuelva a haber hambre en el mundo: todos los países y todas las personas en particular desde ahora en adelante tendrán todo lo que necesiten en alimentos, en ropas y vestidos y en un buen hogar para vivir. Además, te daré una medicina que cualquiera podrá conseguir fácilmente y que podrá curar repentinamente toda clase de molestias y enfermedades, por lo cual ya no habrá nunca más enfermos ni nadie que vuelva a sufrir ninguna molestia de ninguna clase.

Además, así como tú lo has pedido, Dios te concederá la gracia de la conversión de todos los pecadores, y todos se salvarán y se librarán del infierno.

Pero como te he dicho al principio, tú mismo tienes que elegir la única cosa que no se te va a conceder: una sola alma que no se podrá salvar, o perderás todo el bienestar que se te ofrece para todos los que sufren en este mundo. ¿Qué eliges?.

Por una parte le ofrece el ángel el más completo bienestar nunca soñado para todos los hombres del planeta, y por el otro, la salvación eterna de todas las almas, y tendrá que elegir en perder la felicidad de este mundo para todos los que vivimos en él, o la perdición eterna de una sola alma que no se podría salvar. ¿Qué pensais que debería elegir?.

En esta elección ningún santo dudaría: dejaría a todos los hombres con sus males en el mundo; con sus hambres, con sus guerras, con sus enfermedades hasta el día del juicio, y, sin dudarlo un momento, pediría la salvación eterna de todas las almas.

15.- Otras formas de apostolado

La forma más normal de hacer apostolado es predicando, pero la predicación sola no basta, es necesaria la ayuda de la gracia de Dios.

No hay palabras ni elocuencia alguna capaz de convertir a un pecador si no coopera Dios con su gracia. Para que el pecador comprenda las razones que pueden mover su corazón, y, sobretodo, para que su voluntad se decida a volver a Dios, es necesario que el mismo Dios intervenga con una gracia especial, y esa gracia solamente se puede conseguir con la oración y el sacrificio. Para que los predicadores y los misioneros consigan almas para Dios, son totalmente necesarias las oraciones fervorosas y los sacrificios de los cristianos.

No hay cosa por la que podamos merecer la gracia de Dios. Precisamente por eso se llama gracia, porque Dios nos la concede gratis. Pero a todo aquel que se las pide. Estas fueron sus palabras: "Todo el que pide recibe". Y añadió: *"En verdad, en verdad os digo: todo cuanto pidais al Padre, os lo dará en mi nombre"* (Jn.16,23). San Agustín y otros santos aseguran que esas palabras repetidas: "En verdad, en verdad os digo", tienen el valor de un juramento.

Por eso dijo San Pablo: *"Queriendo Dios mostrar más cumplidamente la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que a la vista de dos cosas inmutables (promesa y juramento), en que no es posible que Dios mienta, tengamos un firme consuelo los que consideramos nuestro refugio en alcanzar los bienes que nos propone la esperanza"* (Heb. 6, 17-18).

En fin, si queremos seriamente conseguir la conversión de los pecadores, tenemos que convencernos que además de nuestras palabras, lo que más necesitan son nuestras oraciones y nuestros sacrificios. Así convirtió Santa Mónica a su hijo San Agustín, y así convertían los santos a las multitudes, pasando las noches orando, como hacía Jesucristo que se pasaba más tiempo comunicando con el Padre en la soledad que enseñando a sus discípulos.

Por eso decía Santo Tomás de Villanueva: "Tenemos dos motivos por los que no podemos pasar sin orar: Primero; que para salvarnos nosotros y para salvar a los demás, necesitamos la ayuda de Dios; y segundo: que Dios solamente concede su ayuda a aquellos que se la piden".

No quiero insistir aquí más sobre la absoluta necesidad que todos tenemos de la oración, y cómo con ella se consigue todo lo que necesitamos, por imposible que parezca, porque todo esto está dicho ya por todos los santos más importantes de todos los tiempos, como cualquiera

podrá combrobar leyendo la "Antología de Textos sobre la Oración" de la Editorial Apostolado Mariano - Apartado 1032 - Sevilla.

16.- El apostolado de los libros

El poder de la prensa es enorme, se equipara a ejércitos armados, es una palanca capaz de levantar el mundo; la emplean los políticos para engrosar su partido; los gobernantes para ayuda de sus planes, y los emisarios del averno para sembrar confusión y vicio.

La prensa es capaz de salvar a un pueblo y de perderlo. Apoyar la buena prensa es un deber de conciencia.

"No puede llamarse buen hijo de la Iglesia quien no apoya con todas sus fuerzas la prensa católica" (Ketteler).

"El diario católico, como el diario malo, tiene una fuerza poderosísima; es incalculable el bien o el mal que puede hacer; pues, en la práctica puede decirse que, generalmente el hombre piensa a través del periódico que lee. En él, por decirlo así, se le forma el criterio" (J. A. Romero, S:J.).

"Es inmensa la influencia de la prensa en el mundo de hoy, hasta el punto de que la gran mayoría de los hombres, carentes de cultura y de personalidad, piensan a través del periódico o la revista que leen diaria o semanalmente... De aquí que, una de las mayores obras de caridad es la de publicar, propagar y repartir profusamente libros, folletos, revistas, periódicos y hojas de propaganda religiosa" (P. Royo Marín).

San Antonio Mª Claret, que fué un gran misionero del siglo pasado, y que dedicó la mayor parte de su vida a las misiones populares, con un éxito extraordinario, estaba tan convencido de la importancia de los libros espirituales, que fundó una editorial religiosa para publicar los mejores libros a los precios más baratos, y en todas sus misiones le acompañaba un hermano con una mula cargada de libros y folletos de propaganda, con lo que conseguía mayores éxitos:

Así lo cuentra en su Autobiografía:

"Uno de los medios que la experiencia me ha enseñado ser más poderoso para el bien es la imprenta, así como es el arma más poderosa para el mal cuando se abusa de ella. Por medio de la imprenta se dan a luz tantos libros buenos y hojas sueltas, que es de alabar a Dios. No todos quieren o no pueden oir la divina palabra, pero todos pueden leer u oír leer un buen libro. No todos pueden ir a la iglesia para oir la divina palabra, pero el libro irá a su casa. El predicador no siempre podrá estar predicando, pero el libro siempre está diciendo lo mismo, nunca se cansa,

siempre está dispuesto a repetir lo mismo; que en él lean poco o mucho, que lean y lo dejen una y mil veces, no se ofende por esto; siempre lo encuentran lo mismo, siempre se acomoda a la voluntad del lector."

"Siempre la lectura de libros buenos se ha considerado como una cosa de grande utilidad; pero hoy día se considera de suma necesidad..."

"Son los libros la comida del alma... En el día de hoy hay una doble necesidad de hacer circular libros buenos; pero estos libros han de ser pequeños, porque la gente anda aprisa y la llaman por todas partes y de mil maneras. Los libros voluminosos ordinariamente no son leídos, sólo sirven para cargar los estantes de las bibliotecas y las librerías. De aquí es que, convencido de esta importantísima verdad, he dado a luz, ayudado de la gracia de Dios, tantos libritos y hojas sueltas."

"En todos los libros que he publicado, no he buscado el interés, sino la mayor gloria de Dios y el bien de las almas. Nunca he cobrado un maravedí como propiedad de lo que he mandado imprimir, al contrario, he dado gratuitamente millares de millares de ejemplares, y aun hoy los sigo dando, y, Dios mediante, los daré hasta que me muera, si puedo, pues he considerado que un buen libro es la mejor limosna que hoy día puede hacerse..."

"Siempre los libros buenos y hojas sueltas producen su buen efecto, pero lo producen muy copioso cuando se dan en las misiones. Entonces ayudan a la predicación y confirman lo que han oído de viva voz y hacen que el fruto sea más perseverante. Yo por esto en las misiones y predicaciones los doy con grande abundancia..."

"La mejor limosna que hoy día puede hacerse; la más útil y necesaria, es la de regalar o prestar un buen libro. En esto es en lo mejor que puede emplearse cualquier cantidad de dinero: en la propagación de los buenos libros. Todos los días veo y toco esta necesidad y utilidad; por eso exhorto a todas las personas que me presentan alguna ocasión, y yo para eso trabajo, y en eso invierto los ahorros que puedo..."

"Considero que éste es uno de los mejores medios para hacer el bien,el de los libros buenos; por eso procuro que en todas las casas los tengan, aunque me cuesten muchísimos duros, que hasta aquí ya suben a miles; pero yo lo tendré por bien empleado con tal que se salven las almas, que para esto Dios me ha enviado,y no para holgar ni hacer dineros..."

"Nada ni nadie podrá contener los estragos de la inmoralidad y la propaganda atea si no se le procura hacer frente por medio de la predicación de los sacerdotes y de la gran abundancia de libros buenos y otros escritos santos y saludables" *(Autobiografía c 21 y 22 y Proceso Inf. de Vich, Ses.44)*.

Y mientras en España convertía millares de personas San Antonio Mª Claret con la predicación y con la propaganda de los buenos libros, en Italia hacía otra tanto San Juan Bosco, el cual, en una carta escrita a sus religiosos los Salesianos, les decía:

"Deseoso de veros crecer todos los días en celo y en mérito delante de Dios, no dejaré de sugeriros de tanto en tanto varios medios, que creo oportunos para que vuestro ministerio sea siempre más fecundo".

"Entre ellos, el que más quisiera recomendaros, *es el de la difusión de los buenos libros"*.

"No exagero al llamar divino a este medio, porque Dios mismo se sirvió de él para la regeneración del hombre. Fueron los libros por Él inspirados los que llevaron a todo el mundo la doctrina verdadera".

"Los buenos libros difundidos entre el pueblo son uno de los tantos medios para mantener el reino de Dios en las almas.

"Los pensamientos, los principios, la moral de un libro católico son parte del argumento tratado en los libros divinos y en la tradición apostólica. Son ellos tanto más necesarios, cuanto que la impiedad y la inmoralidad, se aprovechan actualmente de esta arma para hacer estragos en la grey de Jesucristo, para conducir y arrojar a la perdición a tantos incautos y a tantos díscolos. Por consiguiente debemos oponernos con la misma arma.

"Tened en cuenta, además, que el libro, si por una parte no tiene aquella fuerza intrínsica de la cual está dotada la palabra viva, por otra, presenta en ciertas circunstancias ventajas mayores".

"El buen libro entra en la casa donde no puede entrar el sacerdote, es tolerado aun por los malos como un recuerdo o un obsequio":

"Al presentarse, no se turba; abandonado, no se inquieta; leído, enseña la verdad con calma; despreciado, no se ofende; más aún, deja siempre el deseo inquieto de conocer la verdad. A veces, permanece cubierto de polvo sobre una mesa o en los anaqueles de una biblioteca. Nadie piensa en él. Pero llega la hora de la distracción o de la ansiedad, y este fiel amigo de pone su capa de polvo, abre sus hojas y vuelve a hacer escuchar su palabra, y se renuevan las admirables conversiones de San Agustín, del Beato Colombino y de San Ignacio".

"Es cortés con quienes están subyugados por el respeto humano, se entretiene con ellos sin despertar sospechas de nadie; es familiar para con los buenos, siempre pronto a proporcionarles un buen pensamiento; va con ellos en todo instante y les acompaña a todas partes".

"¡Cuántas almas hallaron su salvación en los buenos libros! ¡Cuántos se preservaron del error, cuántos se alentaron para el bien!"

"El que regala un buen libro,si no tuviera otro mérito que el de des-

pertar un pensamiento sobrenatural, ya ha adquirido un mérito incomparable delante de Dios. Pero no es éste el único bien. ¡Cuántos otros bienes se consiguen!"

"Un libro en una familia, es leído por el hijo o por la hija, por un amigo o por un vecino. Sólo Dios conoce el bien que produce un libro en una ciudad, en una *biblioteca activa,* en un hospital o simplemente como obsequio en prenda de amistad".

"No hay que desalentarse porque un libro sea rechazado por algunos, al contrario, debe alentar a completar la obra comenzada". (Revista "Digesto Católico", Octubre de 1946, págs. 32 a 34. Editorial Difusión, Buenos Aires).

CONCLUSION

Dios quiere que todos los hombres se salven (1 Tm.2,2). Jesús vino a este mundo a salvar a los pecadores (1 Tm.1,15). Por nuestra salvación se hizo hombre y murió con muerte ignominiosa de cruz. La cruz es la prueba máxima del amor de Cristo y del deseo que tiene de nuestra salvación. Por tanto, si no colaboramos con Cristo en la salvación de las almas, seríamos los más ingratos y desagradecidos del mundo.

Y ¿cómo hemos de hacer? - En primer lugar con mucha oración, ofreciendo muchas misas por esta intención: por que se lleven a cabo por televisión las más importantes misiones populares que se hayan podido predicar jamás...! Y también con cartas, con muchas cartas dirigidas a la Conferencia Episcopal, que es la que lo tiene que promover y lo debe conseguir. Escriban al Excmo. Sr. Secretario de la Conferencia Episcopal C/ Añastro, 1 - 28033 Madrid